

UN APERITIVO LITERARIO

Celebran en este año los franceses, como es sabido, el centenario del advenimiento del Romanticismo en su patria. A nosotros no nos es dado celebrar el nuestro al unísono. Para nosotros es temprano. ¿Quién hay que no sepa, o, si no lo sabe, que lo confiese, que en 1830 en España vivíamos en plena «ominosa década» calomardina? Ni más ni menos. Las sombras y el silencio de una noche muy ciega de la cultura se habían extendido por el país y no era ocasión de revoluciones en el arte o en las ideas. A pesar de lo cual, claro está que no ha de pensarse que faltaran del pueblo y de la sociedad española aquel vago presentimiento, aquella aspiración confusa, inconsciente, a una renovación de los horizontes del espíritu, que era común a los pueblos de Europa por este tiempo; aspiración que se hacía presente por intervalos, lo mismo en las esferas de la literatura o del arte, que en otras más modestas y bajas.

A este estado de ánimo colectivo solemos llamar hoy *pre-romántico*, y su historia, muy interesante por cierto, va saliendo a luz poco a poco, por obra de un plantel de curiosos y especialistas, en nuestros días.

Entre otros síntomas o elementos que han podido apreciarse en la sorda fermentación de cabezas y corazones de aquella generación *pre-romántica*, era uno —y sin duda de los más obvios y principales— una sed de emociones fuertes aguda. El predominio ejercido por largo tiempo en las artes y aun en la vida por la escuela seudo-clásica a la francesa contribuía por mucho a ello. La gente estaba cansada de tanta medida, de tanta demostración racional e insípida.

Quería soñar, sentir, escapar a tanta sabiduría, a tanto buen juicio: huir al país encantado de la quimera y desaterir los fondos del alma con sacudidas recias, profundas, que dieran precio a la vida, y a las artes fuerza y prestigio. Lo malo era que ¿quién se hallaba entonces en condiciones de dar satisfacción a tales anhelos? Poetas y literatos, aunque no abundasen, no faltaban; pero perseguidos y en dispersión lastimosa, unos cumplían condenas en los presidios, hacían otros forzosa penitencia en monasterios apartados, otros malvivían en el destierro. Cambiarían las circunstancias sin tardar mucho... cambiaron

¿quién lo ignora!; pero entretanto...



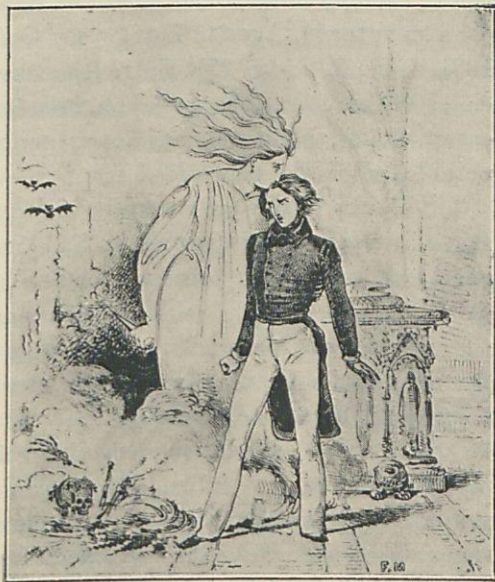
Entretanto no faltaron algunos vivos madrugadores que, adivinando un filón de blancas pesetas en la disposición del ánimo público, se apercibieran a explotarle con el instrumental a su alcance. Un D. Agustín Pérez Zaragoza y Godínez se destacó del montón de pronto, anunciando a campana herida, en cartelones por las esquinas y en la escasa prensa periódica que veía la luz en la corte por aquel tiempo, una obra sensacional: una *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, o bien: *El historiador trágico de las catástrofes del género humano*. Dedicábala el autor a la reina Doña María Cristina y hacía

constar en la portada que se publicaba «bajo la protección del Rey Nuestro Señor». Salió el prospecto en la *Gaceta* del 25 de junio de 1831; pero ya para el público no era nuevo, porque lo habían dicho otros diarios, que se trataba de una serie de muchos tomos y de una «colección de unas treinta historias trágicas, interpoladas con algunas novelas».

No quiera preguntar ahora nadie—no se acreditaría de hombre discreto—por el mérito literario y por la originalidad de estas piezas. Antes de un mes de la publicación de las dos primeras, ya se hallaba advertido el público, por cierta comunicación aparecida en el *Correo Literario y Mercantil* (8 de julio) que firmaban unos señores Castellanos y Anento, de que ni siquiera era el Sr. Pérez Zaragoza el primero que las sacaba a luz en lengua española (traducidas del francés, por supuesto), sino que ellos mismos las tenían ya publicadas en la obra que llevaba por título «*La poderosa Themis, o los remordimientos de los malvados*», original, a lo que parece, de un Mr. David cuyo nombre no hemos tenido la suerte de descubrir en ninguna historia literaria de la nación vecina de las que tenemos a mano. Desde luego que podrá estar

muy bien preterido. No intentamos negarlo. Las traducciones del Pérez Zaragoza que hemos leído, por adulteradas que estén—que motivos no faltan para pensar que deben de estarlo y bastante—tampoco nos infunden el menor ánimo para protestar de la oscuridad de su nombre.

«A mal Cristo, mucha sangre». A poca inspiración, a poco arte, largas y enojosas declamaciones; a ruin producción, anuncios estentóreos y extravagantes: ésta parece haber sido la táctica *literaria—mercantil*, sin duda, es más propio—del Pérez Zaragoza, el cual, a continuación de los títulos puestos a su obra que dejamos atrás copiados, proseguía en el frontis de la misma: «Obra nueva de prodigios, acontecimientos maravillosos, apariciones nocturnas, sueños espantosos, delitos misteriosos, fenómenos terribles, crímenes históricos y fabulosos, cadáveres ambulantes, cabezas ensangrentadas, venganzas atroces y casos sorprendentes. Colección curiosa e instructiva de sucesos trágicos para producir las fuertes emociones del terror, inspirando horror al crimen, que es el freno poderoso de las pasiones».



Con todos los honores que se anunciaban, muy poco trascendía la *Galería* ni a nueva ni a romántica, y aun debía trascender menos su original francés, a juzgar por el título, *La poderosa Themis*, que al parecer llevaba. Más bien tenía las trazas de una de aquellas obras de moral utilitaria y prosaica con que gustaba el siglo XVIII de adoctrinar a la sociedad en su anodina filosofía y en las virtudes de sensibilidad y filantropía, que eran su preocupación y su culto. Pero no faltó en nuestra prensa quien, tomando el rábano por las hojas, viera en las *sombras y espectros* de Zaragoza un destacamento avanzado del Romanticismo entrando en España, y así el *Correo Literario y Mercantil* escribía: «Bajo el aspecto novelístico tiene (la *Galería*) a su favor la novedad de la idea, la admisión de este ramo de literatura en Europa, dividida ya en los partidos clásico y romántico». (6 julio 1831).

Golpe de reclamo en su punto. El Romanticismo intrigaba a muchos, que oían hablar de él sin saber lo que era. Atisbaban confusamente que era cosa terrible y terrorífica y la curiosidad de sentir la truculencia de sus sacudidas y espasmos les acuciaba. «Dijimos que esta producción tendría gran despacho—decían las *Cartas Españolas* (entrega décima, 30 de junio); dígallo el

librero, que el primer día no tuvo manos para apuntar suscriptores y despachar ejemplares. La obra es terrible... Desde luego volvemos a asegurar que con esta publicación le ha caído al Sr. Zaragoza la lotería. La venta del libro ha de tocar en locura».

Claro que no sería tanto; pero que tuvo su momento de notoriedad y de difusión no es dudoso; y aun merecido en cierto modo: tal era la miseria literaria reinante. Mesonero atestigua que de las novelas que corrían entonces de mano en mano «las más divertidas eran las que formaban la colección que, con el extraño nombre de *Galería de Espectros y Sombras ensangrentadas*, publicaba su autor D. Agustín Zaragoza y Godínez (*Memorias de un setentón*. Madrid, 1881, tomo 2.º, pág. 22). Entre los suscriptores, que figuraban por sus nombres en el último tomo, se hallaban aristócratas, palatinos, dignidades eclesiásticas y civiles, abogados, médicos, escribanos, frailes, curas, oficinistas y respetable golpe de coroneles.

Sólo nos queda ya presentar al lector unas muestras de la elocuencia del Pérez Zaragoza en el discurso preliminar de su obra, que él llama «Introducción analítica», con que se esfuerza por despertar el interés del gran público por sus «sombras ensangrentadas». Allá van unos cuantos:

«Digo, pues, para entrar desde luego en la materia, que las personas de un gusto relajado, de una instrucción escasa y poco codiciosas de adquirirla, se ocupan comúnmente de composiciones superficiales y estériles, ya sea en literatura, ya en espectáculos; mas no así las almas bien organizadas, de un carácter reflexivo y sensible, que buscan con anhelo las emociones interesantes y aquellos golpes vigorosos que, dirigiéndose al momento a los resortes del corazón, le causan aquellos estremecimientos repentinos que los poetas llaman *dulces temblores del terror*.

Partiendo, pues, de este principio, escribiré sólo para las personas de una imaginación viva y exaltada por las impresiones fuertes y de un alma sensible. Pretendo fijar su atención presentándoles cuadros terribles y combinaciones espantosas: trato de reunir bajo ciertos casos históricos todo lo que el prodigio de la magia, todo lo que los prestigios de lo maravilloso pueden ofrecer de singular y extraordinario a los ojos de los hombres. Al ver estas escenas trágicas tan sensibles, se estremecerán mis lectores, perderán sus facultades intelectuales, se inflamará su corazón, su espíritu sufrirá una saludable inquietud, y sea que las emociones que experimenten provengan de un gran terror, sea que resulten solamente de una viva sensibilidad, se recogerá siempre el fruto de una preciosa meditación.

Sin embargo, no faltarán críticos de bote y boleo que nieguen su aceptación a esta obra; mas no desmerecerá por esto la de los hombres sensatos y de las señoritas que ansíen instruirse y sacar un fruto saludable de la lectura que eligen para su diversión. Resonará continuamente en sus oídos el ruido espantoso de metales y cadenas; se pasará su imaginación por largos pasadizos,

cuevas, oscuros subterráneos, donde, a la escasa luz de una lámpara moribunda, divisarán un cadáver amoratado, etc. Desgraciada la joven que, hallándose sola en su cuarto y casa de retiro, en medio de un desierto lleno de malezas y bosques y no teniendo otra música que los gritos lamentosos de lechuzas y mochuelos, en una noche tempestuosa, tuviese el arrojo de ponerse a leer nuestra *Galería fúnebre*: ya veo erizados sus cabellos y palpar agitado su corazón de una fuerte opresión: sus ojos, imagen del terror, verán revolotear de repente fantasmas espantosos dentro de su asiento... un espectro extraordinario en la alcoba y los dobleces de las cortinas se convertirán en figuras horrosas; verá cruzar duendes por todas partes y hasta en la chimenea resonará el ruido sorprendente de cadenas estrepitosas... Tal será el estado, en fin, en que se halle su imaginación, que todo para ella se transformará en visiones. En momento tan crítico llegará Jazmín, el criado, con la cena... Josefina, la doncella, se presentará con el traje que su señorita acostumbra ponerse de noche, y... ¡ah monstruos inhumanos!... Su ama, ya enajenada, ha tomado al primero por un espíritu malhechor y a Josefina por una de aquellas apariciones fatales que hacen el suplicio eterno de un asesino!!!... El terror infundado de nuestra lectora es ya tal, que la decide a llamar a toda la familia; tira de la campanilla, prorrumpe en descompasados gritos, se acongoja, y en fin todas las sombras de su aposento son en su imaginación cuerpos animados. Hasta el gato es para ella un ser sospechoso; mas esforzándose Jazmín y Josefina en hacerla volver de su error, logran ya por último ser conocidos.

Tal será, sin duda, el terror saludable que inspirará esta obra al joven que la lea a solas en altas horas de la noche, causándole después la risa más deliciosa el mismo convencimiento de sus ilusiones, quedando enteramente persuadido de los efectos que produce una imaginación, exaltada por el miedo y el terror, contra los que escribimos (?) envolviendo la historia con los casos verdaderos que hemos sacado de ella; y mayor será el placer y diversión de una tertulia cuando se miren unos a otros las caras macilentas, desencajadas, y pintadas en ellas el asombro y el espanto, haciendo en alta voz su lectura...

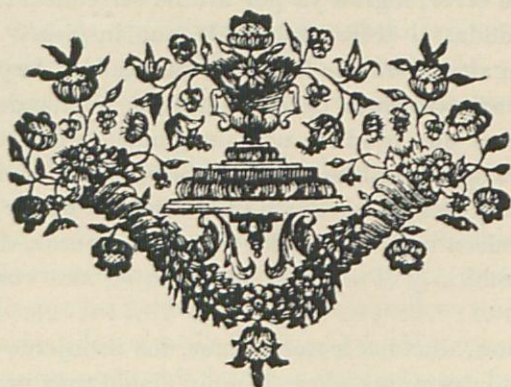
.....

Aquí tenéis, pues, amados lectores míos, los lisonjeros resultados que esperamos obtener de la presente obra. Ningún elogio más grato podréis ofrecernos que el de confesar habéis hallado horrosas nuestras sombras. Si con estas sangrientas narraciones podemos lograr que cualquiera joven se eleve en su silla sin atreverse a volver la cabeza, temerosa de hallarse en todas direcciones con una garra infernal, de ver unos ojos vomitando fuego, que mil espectros se acercan para hacerla polvo... En una palabra, si leyendo nuestra *Galería fúnebre* no ve ya sino figuras espantosas forjadas por su imaginación exaltada; si en sueños o al través de las sombras de la noche no se figura rodeada de veinte puñales levantados sobre su cabeza y miembros palpitantes por el suelo, manchas de sangre en sus almohadas y últimamente su cama trans-

formada en un horroroso patíbulo... entonces, llevado de mi enojo y desaliento, arrojaré al fuego mi pluma y renunciaré para siempre al arte de mis prestigios...

Empezaremos, pues, por tender los negros crespones y espesas gasas de la magia para llenar de cipreses nuestra Galería: prepararemos la seriedad; reuniremos los ceños y sobrecejos cadavéricos, los patíbulos, los suplicios, los tormentos y todos los ardides de la ficción, como cuevas, subterráneos y demás asilos del crimen. A falta de sucesos tan horrorosos como los que hemos tomado de la historia, recurriríamos a las terribles avocaciones (sic) y sangrientas estratagemas de las Pitonisas de la Grecia; pues llevando al colmo el aspecto de nuestras historias trágicas, es más fácil inspirar a todo lector los dulces efectos del terror que siempre hicieron la delicia de las almas sensibles*.

José R. LOMBA.



RETABLO DE REINA ISABEL

DOS QUE MURIERON EN GRANADA

«El muerto no tiene nombre... Si no pregunta cómo se llamaron los que murieron en la conquista de Granada.»

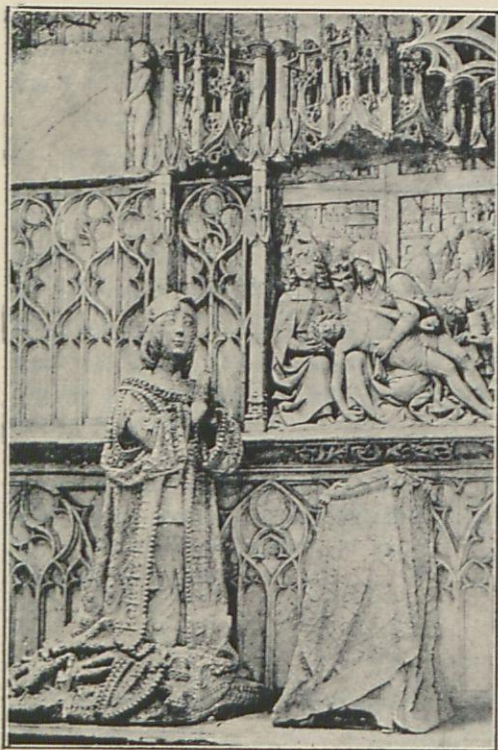
Malón de Chaide.

EL MI LOCO
16 de mayo de 1491.

Don Juan de Padilla, primogénito de los Condes de Santa Gadea del Cid, cayó en la Vega de Granada frizando los veinte; los huesos no se hacían viejos entonces, pues sobraban honrosos empeños en que dejarlos. Breve vida: seis u ocho años de pelear entre aquella falange de extremados, donde era harto difícil destacar su perfil por heroísmos.

Parece, en su efígie orante, garzón alegre, pelirrubio, ojizarco, boca de risa; reza con manos ojivales, pensando en travesuras y barraganadas en las tierras del condado—Quintanilla y Alfoz de Santa Gadea—linderas con el Páramo de la Lora, al que llamamos los montañeses la Pata del Cid: tirar la barra, saltar tras la pelota, galopadas sin ton ni son, cara a las coterías de los lejos—bravas montañas vistas desde el mar—; correr toros con vara larga o derribarlos en la viril mancuerna; cazar con el borní—el «halcón de hidalgo pobre»—que aun vuela y caza por su cuenta—volardilla le llamamos ahora—en los cielos de la Montaña. Retozos con mozonas—Andrea, Maricruz, Olla, Teresa—«altas de cuerpo, gruesas de pechos, cortas de cintura, amorosas en el mirar; más coloradas que en su sazón la cereza, cual la del canto, en las yacijas de yerba atropada, caliente aún de sol, pálida ya de luna.

Pero a nuestro Don Juan carirrisueño le ponían hastío tales fiestas. Aturdió a la pobre madre—que no estaba por la labor—con risas y donaires, y sacóle bendición y anuencia; dió un beso en la boca, y tres pellizcos en el molero, a la dulcinea de turno, y con el riso en los labios—porque era como el sol de mayo, que siempre ríe—partió a poner su vida en albur. Era de la buena cepa de héroes joviales, forjadores entre mandoble y lanzada de famosas sali-



Juan de Padilla. Museo Provincial de Burgos.

das de pie de banco: «eso queremos los de a caballo, que salga el toro», «quien no quiera ver lástimas, no vaya a la guerra», «si tan guisado lo quieres, hazte preñada», «los hombres, para la guerra y el mar», «a más moros, más ganancia».

Allá abajo—cual en tienda de milanés—había de todo. Más malo que bueno, como es natural. Se pasaba la pena negra, pero a eso se iba, que no a ser obispo. Pero—otro pero— ¿y la alegría de las algaras y almogaverías—donde se lleva la muerte consigo, como el corcel las herraduras—con sus escalos a torres albarranas y pueblas dormidas? ¿Y el regreso, ajorando cautivos y ganados—sin dejar perder pieza, cual aquel Martín Alonso el del buey cojo, que tornó cuatro veces en una noche

a buscar al boe despeado que se quedaba roncero—con los amigos muertos terciados en abríos y un saco de cabezas para que jugasen los niños cristianos?

¡Guerra alegre aquella, con honra y provecho, sin filosofías ni melindres de monja! Los nobles, salvo algún badulaque que nunca falta—de éstos de la casta de Pero Tierno, que se descostillaba durmiendo—iban a ella como los ríos a la mar... y a los otros no se les consultaba: ¡garrotazo y tente tieso!; al villano, con la vara del avellano, porque ya se sabe que la zarza da el fruto espinando y el ruin llorando. Andaba bien el mundo entonces. ¿Que muchas veces no se volvía, o era la vuelta del carnero encantado, que fué por lana y volvió trasquilado? Era natural; todos los oficios tienen quiebras y alguna vez habían de ganar los moros. Y no se olvide que llevamos la muerte dentro.

Así vivió nuestro Don Juan breves años atrafagados y alegres, acosando siempre a la esperanza. Y así murió pasado de lanzas moras en la Vega de Granada, gozoso de dar su vida—una vida tan ancha, tan rica—por los ojos bellidos de Reina Isabel...

¿Qué proezas lunáticas no haría—siempre con la tónica del regocijo—para que le distinguiese entre su gavilla de semidioses, con las más risueñas

y maternas palabras tuyas que nos quedan: «el mi loco»? Porque Isabel decía así, como los montañeses y los castellanos de Burgos y Tierra de Campos: la mi madre, la mi casa, el mi loco...

Muerto, mandó la Reina llevarle con gran pompa a su tierra, allá do la llanura se riza ya en montañas. Le lloró su madre, que perdía en él todo su bien, y de no ser difunto ya, le llorara a coros su padre, el buen Conde Don Pero, que también tenía su alma en su almario... Andrea, y Maricruz, y Olla, y Teresa, lagrimearon su poquito por el guapo mozo, porteando frutos ya de otros amores, porque a muertos y a idos..

La madre—Doña Isabel Pacheco, bastarda del Marqués de Villena y una mujer oscura: la Ramoneta—ordenó a Gil de Siloé que en el monasterio familiar de Fres del Val le labrase la tumba: un arco mortuario en el que arrojado reza el caballero boca de risa, pensando acaso en sus barraganadas y bellaquerías por tierras de su condado, allá cabe el Páramo de la Lora, que los montañeses llamamos la Pata del Cid.

El que no duda, no sabe cosa alguna.

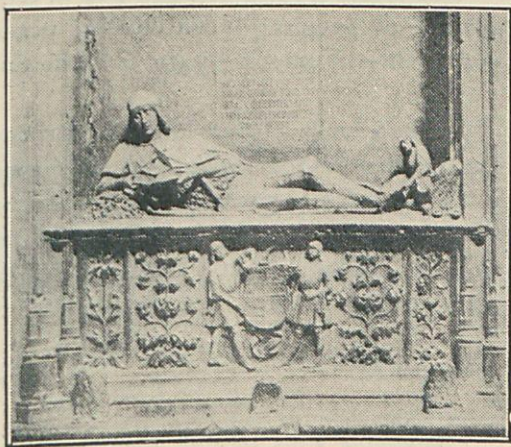
EL CAVILOSO.

Estío 1486.

Estaba indeciso entre los dos caminos eternos—las letras, las armas: pensamiento, acción—. Por eso leía, ceñido el arnés. Y la muerte le sacó de dudas.

Hacia el sur, hacia Granada, con todos los hombres de pro de las Españas, bajó este cenceño castellano de ojos tristes, fina estampa y nombre montañés—Arce: cinco lirios blaos en campo de plata—con la cruz de Santiago en los pechos y soledades, hecha trova, en los labios.

Fué con aquella tropa de galanes que iban a moros como a bodas, tras el «Ave María» de los Mendozas. Tales eran, tales sus galas y monturas, que deslumbraaron en el real de Isabel y Fernando. El Duque del Infantado—su caudillo—les animaba con espoladas al amor propio: no se diga que sois muy lindos, que sois sólo soldados de día de fiesta... Y los donceles jugaban de sus lanzas, día tras día, con gentil denuedo, sin



El Doncel. Catedral de Sigüenza.

parar mientes en la delgadeza de ese hilo sutil—seda de araña—que separa los vivos de los muertos.

Y Martín Vázquez de Arce—entre dos cabalgadas—leía su libro de trovas —«la sciencia non embota el fierro de lança», se decía—. Empujado a la guerra por la sangre y la vida, gustaba de su dulce-amargo, fina, sutilmente, y la miraba con ojos tranquilos que pasan de claro lo accesorio, en busca de esencias.

¿Pensamiento, acción?... ¿cuál es lo cierto?... Ambos eran verdad, facetas de un prisma.

Tierra natal, campos desnudos de las Alcarrias—«las alquerías, las aldeas»,—, caminos entre romerales que dan en soleados cabezos; ralos sotillos al arcén de ríos; vuelos de abejas y palomas duendas. Y cielo azul. Y luz pura.

... Y tendido en la verde pradera, leía el doncel entre dos cabalgadas, y —parasema vivo de sus dudas—pacía el destrero, arrendado a un laurel, yerbezueltas y flores confundidas.

La tierra natal, la madre en la casa lejana... Sintió un dulce dolor—sutil acedía, aldabada quizás—y con gesto patético se llevó al corazón una mano—la mano que tenía el libro—y mano y libro dieron en el peto de acero y en la cruz de Santiago.

Así un día y otro día, e iban cayendo Loja e Illora, Moclín y Montefrío, se talaba la Vega ya... Y una tarde estival, en una escaramuza en el Huerto del Rey, junto a la Acequia Gorda, Martín Vázquez de Arce—el tranquilo ojinegro—cayó resistiendo a los moros con un puñado de caballeros, mientras el resto de la gente se desmoronaba... «Ataque quien quiera, el fuerte espera». Gentil exergo de medalla; pero, como todo, tiene su reverso: «el hombre valiente y el vino bueno duran poco».

Se rompió, pues, una vez más la seda de araña. Y la muerte resolvió netamente—al parecer—la antinomia: pensamiento, acción, del doncel. No hay como ella—al parecer—para sacar de dudas.

Cobró en la misma hora el cuerpo su padre—que, viejo y todo, hacía la guerra como un muchacho—y le llevó a su madre y a su tierra de yermos campos y luz pura. En la parca iglesia de Sigüenza yace armado como un San Jorge. Se despojó del yelmo y lee, reclinado ahora en un haz de laureles, la cruz santiaguista en los pechos y las soledades en el corazón. La muerte—al parecer—no le sacó de dudas.

La dolorida.

Mientras ellos morían fácilmente en Granada, ellas lloraban en Castilla. Porque la ironía del adagio cruel sale a veces verdad: «no suda el ahorcado, y

suda el teatino». Unos pasan el trago, y otros sin pasarle le sienten. Y ¿quién sabe si no le pasan, y más amargo? Porque ¿cuánto no angustian las tribulaciones en sueños?

Siempre lo quimérico tiene más vida que lo real: aquellas—y otras—mujeres que lloraron, vivían encarnadas en una sombra, en Doña Ana de Chaves, la de los ojos hundidos, cuya tragedia—en ocho versos—declamaban las niñas en las amigas de la baja Andalucía:

*Yo soy Doña Ana de Chaves,
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos,
todos ellos capitanes.
Murieron en sus milicias,
donde mis padres murieron,
dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros.*

¿Que por qué se mezcla a seres reales—Don Juan de Padilla y el Comendador Martín Vázquez de Arce—con seres de fábula? ¿Y quién puede—a poco que piense—negar realidad a este arquetipo de dolor y elegancia, sólo heredada en manos blancas y ojos negros, que luego, a golpe de pena, fuéronse hundiendo como el espejo de los pozos en la estiada, a fuerza de arrancarles agua?...

(¡Como si Don Quijote y Mr. Pickwick no anduviesen por ahí en cuerpo y alma, en tanto que Don Alonso López de Zúñiga y Sotomayor, séptimo Duque de Béjar, y Sir John Thornton Leslie Melville—pongo por «realidad» del «Peera-ge» de entonces—que se creían de buena fe vivos, no fuesen sombras, casi ni sombras!)

LUYS SANTA MARINA



MOTIVOS ARTISTICOS EN DOCUMENTOS MERCANTILES REFERENTES A SANTANDER DURANTE LOS SESENTA PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XIX

*¡Oh, naves de otra edad! ¡Benditas naves!
Testigos de las ansias redentoras
de una generación desaparecida
más abnegada y fuerte que la nuestra.*

Luis Barreda.

Dentro de un aspecto que juzgamos de interés, y como aportación al estudio de la historia local durante los sesenta primeros años del pasado siglo, trataremos brevemente en estas líneas del elemento artístico reflejado en algunos documentos mercantiles que se relacionan con el comercio santanderino, marítimo preferentemente, omitiendo al hacerlo todo estudio jurídico sobre los mismos, de adecuado lugar en revistas y publicaciones profesionales consagradas a la ciencia del Derecho.

Los conocimientos de embarque, las pólizas de seguros marítimos, las de préstamos a la gruesa, las letras de cambio y los conocimientos para transportes terrestres, suscritos todos en distintos años de la época anteriormente expresada, han de servirnos para hacer algunas indicaciones respecto del concurso aportado en días de general prosperidad santanderina por impresores como Riesgo, Trío, Martínez y Mendoza, de cuyos talleres salieron grabados y litografías no inferiores en mérito a los firmados por colegas españoles y extranjeros de nombradía (1).

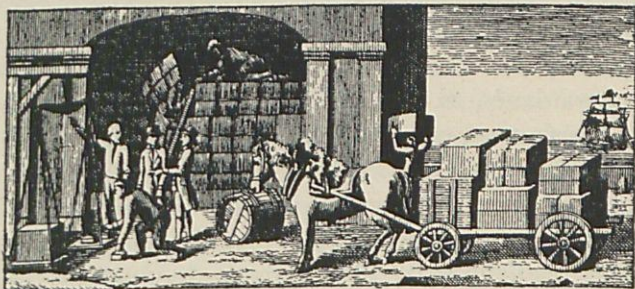
* * *

(1) Damos a conocer, extractada, una relación de impresores y litógrafos, ilustradores de los documentos a que hemos de referirnos, advirtiéndolo que aun los editados en el extranjero están redactados en español.

<i>Santander</i>		<i>Bayona</i>	
Riesgo, Martínez, Trío, Mendoza	1800—1860	Lith. Lamaiguere, en Bayona	1838
<i>Coruña</i>		Lit. B. Mourin, en Bayona. P. M. sc.	1844
Doms Puga, lib. ^o en la Coruña	1843	Lit. de Lespés, en Bayona	1855
<i>Bilbao</i>		Lit. Damaré, en Bayona	1856
Asensio	1826	<i>Boston</i>	
Lit. de Delmas	1843	B. Loring y C. ^o , Stationers, Boston.	1852
Lit. de Leguina	1855	<i>Burdeos</i>	
Lit. de Laburu	1857	Lit. ^o de don Legé.	1833
<i>San Sebastián</i>		<i>Marsella</i>	
Lit. de Música y Baroja.	1853	Lith. H. Seren, Marselle.	1854
Gordón H.	1854	<i>Londres</i>	
Imprenta Tipo-Litografía de Pío Baroja	1855	De la imprenta de Bailey y Compañía,	
Lit. de F. Música C. ^a San Vicente.	1857	89, Bolsa Real	1827
Lit. G. ⁿ H. ^s	1858	<i>Habana</i>	
Lit. de Muniague	1859	Lit. del Gobierno	1840
<i>Barcelona</i>		Lit. del Comercio, Obispo, 42	1863
Litografía de Monfort Riera de San Juan	1839	Imp. de B. May y C. ^a , Obra Pía, N. 6	1860
		Lit. de Z. V. Cuesta, O'Reilly, 113	1860

Otorgadas a Santander durante los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del XIX diversas concesiones reales, produjéronse en la ciudad prometedoras manifestaciones de un porvenir cierto y espléndido para su prosperidad mercantil; mas repetidas contiendas exteriores e interiores que a nuestra patria afligieron lleváronla a situación tan lamentable y triste que forzosamente hubo ésta de repercutir en la paralización de la vida local santanderina, malogrando actividades, iniciativas y proyectos.

Perdido para España lo más importante de su imperio colonial, muchos de nuestros compatriotas radicantes en tierras americanas, y dedicados al comercio, buscaron nuevas plazas donde continuar sus negocios, instalándose unos en las Antillas y retornando otros al patrio suelo para continuar en él tratos y giros diversos. Entonces vemos surgir dentro de nuestra nación un florecimiento reconstructivo, iniciado preferentemente en las ciudades del litoral por aquellos hombres que aportaron al país buenos caudales y una experiencia ya contrastada en las luchas mercantiles.



Vienen a engrosar las listas de mercaderes santanderinos en aquel momento nombres de abolengo montañés y linajes de cercanas provincias, ávidos todos de seguir laborando tenazmente hasta crear una prosperidad colectiva, que, interrumpida a veces, había de tener al promediar el último siglo existencia real con diversas modalidades.

El estado de increíble decadencia a que llegó en los primeros años del siglo XIX la marina mercante española, quedando casi extinguida en realidad, pues hasta el comercio de cabotaje era sostenido por barcos de pabellón extranjero, se compensó rápidamente con el resurgimiento de la misma, iniciado merced a disposiciones acertadas que, además de fomentar la construcción naval en nuestro territorio, prohibieron también tráfico entre los puertos españoles utilizando naves pertenecientes a extrañas naciones.

Las penalidades inherentes a toda navegación estaban aumentadas en los días aquellos, no sólo por la menor resistencia de los navíos, contruídos en madera, escasos de tonelaje y movidos con la única fuerza del viento, sino además por la dificultad de conseguir una adecuada alimentación que evitase a las tripulaciones enfermedades tan terribles como el escorbuto.

Con frecuencia conocía Santander tragedias marítimas en las cuales intervenían sus hijos en lejanas aguas y venían hasta él noticias impresionantes, verbalmente recogidas algunas y confirmadas después en cartas particulares

y en comunicaciones insertadas en la «Gaceta de Madrid», como la correspondiente al 16 de Noviembre del año 1837, que por su emoción juzgamos interesante copiar:

«En las inmediaciones de Santo Tomás había cuatro bergantines españoles. La Flor de Puerto Rico, que venía del Africa con un rico cargamento, naufragó, pereciendo toda la tripulación, sin que se haya salvado más que un hombre. El bergantín «Cándido» (1), que había salido de este puerto el día antes para el de Santo Tomás con varios pasajeros y bastantes intereses se estrelló en un bajo de las inmediaciones de aquel puerto, según los fragmentos que se han hallado. Dos bergantines que venían con harinas de Santander, el uno zozobró, y de nueve personas que lo tripulaban se pudieron salvar cuatro con el capitán Mendezona, que lo mandaba. Estos infelices, después de estar 40 horas sobre la pequeña parte del buque que flotaba, los recogió una lancha de un bergantín de guerra danés, en donde murió al poco tiempo uno de aquellos infelices. El otro, el «Cervantes», casi ya zozobrado, pudo picar el palo mayor, y sin saber cómo se halló dentro de una bahía, y dando a todas sus anclas, amaneció en Santo Tomás y hoy se halla aquí reparado y descargando su harina. Todo lo que pongo en el superior conocimiento de V. E. a los fines correspondientes. Puerto Rico, 4 de Septiembre de 1837. Excmo. Sr. Juan de Noboa, Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de Marina.»

Paralelamente a la formación de una flota del comercio nacional, y por lo que a nuestra ciudad hace referencia, empiezan a funcionar con intensidad las fábricas (2) situadas sobre el Pas y sobre el Besaya, molturando los trigos castellanos, determinándose con ello una mayor producción de éstos, llegados hasta la provincia para impedir, saliendo transformados de las fábricas, los envíos que de harinas extranjeras (3) se hacían al puerto de Santander, desde el cual eran reexpedidas en principal porción a Cuba.

(1) El bergantín «Cándido», matriculado en Santander, fué construido en Bayona de Francia, según los planos e indicaciones hechas por De Sefourecade. De buen andar, desplazaba 138 toneladas francesas, teniendo 56 pies de quilla limpia, 61 de eslora, 20 de manga fuera de los miembros, 11,60 de puntal de tabla a tabla y 7 pulgadas de astilla muerta.

Para el viaje a Puerto Rico, realizado en 58 días, cargó en Santander 1.207 barriles de harina y 100 sacos de garbanzos, llevando doce hombres de tripulación, incluidos capitán, pilotos y agregados. El velamen del «Cándido», contando lo de repuesto, era: dos trinquetes, tres gaviás, dos trinquetillas, dos foques, una mayor redonda, dos mayores cangrejas, tres juanetes, tres alas, dos arrastraderas.

(2) Existían en la provincia 26 fábricas de harinas que, en unión de las de Valladolid y Palencia, suministraron en 1847 a Santander 4.708.959 arrobas, de las cuales fueron a ultramar 1.576.959, saliendo para el extranjero 524.000.

En los barcos de cabotaje se transportaron 1.278.000 arrobas de harina.

De trigo se mandaron a puertos extranjeros 524.000 arrobas y 106.876 de maíz, además de 50.234 de alubias y pequeñas partidas de garbanzos y de aceite.

(3) Había almacenados en Santander 6.349 barriles de harinas extranjeras el año 1790, no existiendo ninguno de producción española.

El año 1829 se exportaron 131.345 barriles de harina nacional y entraron en Santander, procedentes de Cuba, 252.732 arrobas de azúcar, que produjeron, por renta de Aduanas, 5.161.569 reales.

Cada barril de harina destinado a la exportación, construido en madera de haya, solía contener 200 libras bien acondicionadas en papel azul y fuerte.

Al tener realidad las circunstancias referidas queda caracterizado principalmente el ritmo mercantil santanderino por el tráfico harinero efectuado en navíos que, perteneciendo en su mayoría a armadores locales (1), llevan la mercancía para abastecer la población cubana, retornando con azúcar, café, cacao, tabaco, aguardiente de caña y otros productos de América, los cuales, una vez en el puerto, son remitidos, bien a las ciudades del litoral, utilizándose con preferencia pataches, lanchones, quechemarines, místicos, águilas, lugres y otras pequeñas naos, o bien al interior de España por carros, carromatos, galeras y recuas al principio, y más tarde por el camino de hierro de Isabel II (2).

Encontramos como tema decorativo único para los conocimientos de embarque de años más lejanos en el período que tratamos la reproducción, en la parte angular izquierda correspondiente a una hoja de papel en tamaño variable, de un barco grabado en madera o cobre, que a veces va limitado en forma circular de sello. Persiste largo tiempo esta simplicidad en la composición, aunque el grabado caiga en desuso y la técnica litográfica aparezca ya en todo su apogeo, ofreciéndonos la insistencia del tema sencillo medio para apreciar la transformación en el aspecto exterior de los veleros.

Las exportaciones de los minerales extraídos en nuestra provincia contribuían a favorecer el auge del puerto y la prosperidad del comercio local, habiendo salido durante el año de 1858 para Swansea, Bayona, Amberes, Newport y Rotterdam 250.945 quintales de mineral de hierro y otras cantidades de calaminas, plomos y cobres.

Con la decadencia de las ferrerías, cuyo número había llegado en 1840 a treinta y cuatro en la Montaña, perdió el puerto un elemento de exportación producido en el país, que fué sustituido para tal fin con el productor similar llegado de Vizcaya.

Se exportaron en 1847 de hierro en machetes y clavazón 137.970 arrobas. El hierro en machetes iba a los ingenios cubanos para emplearse en las faenas de la corta de caña.

Las fábricas de conservas y salazones, las de curtidos, las de velas para alumbrado y otras proporcionaban mercancías para la exportación, en cuya lista, integrada por numerosos artículos propios de un comercio próspero, no faltaban las buenas sanguijuelas llamadas a curar contusiones y apoplejías tropicales.

El año 1847 produjo la Aduana de Santander, por derechos de entrada y de salida, 15.290.666 reales vellón, valorándose lo exportado en 35.989.225, y en 28.689.242 las mercancías llegadas del extranjero al puerto. El comercio de cabotaje sumó 42.745.883 reales vellón en el citado año.

En la importación ocupaba el bacalao el primer lugar, con 342.528 arrobas, siguiendo después la hojalata, con 11.521, y con cantidad muy aproximada la ferretería labrada.

La Aduana de Santander, que en 1844 rendía 8.547.084 reales, llegó a producir el año 1860 49.257.256 reales vellón.

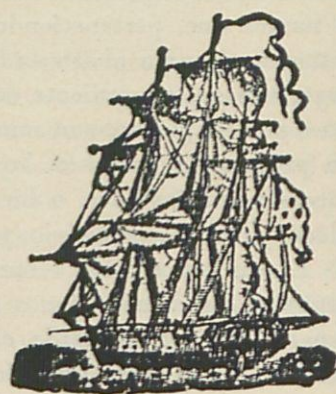
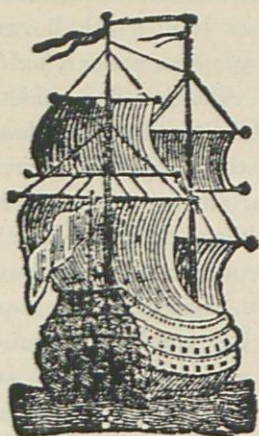
(1) La flota destinada a la conducción de harinas desde Santander estaba integrada en 1845 por más de sesenta fragatas y bergantines que, sumando 9.442 toneladas, empleaban 752 hombres de tripulación.

El movimiento de buques en el puerto llegó a 2.057 durante el año 1851, habiendo entrado 1.200. En 1859, la matrícula de buques de Santander, prescindiendo de los pesqueros y de los destinados al servicio de los muelles, era de 114, con 19.354 toneladas, de construcción nacional en casi su totalidad, excepto las correspondientes a ocho barcos que salieron de astilleros del extranjero. De vapor había seis buques.

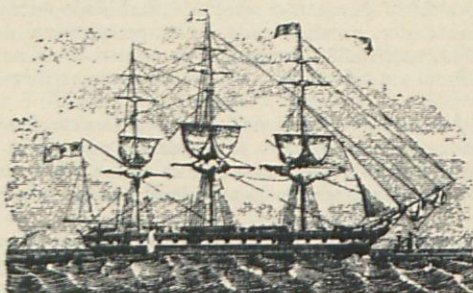
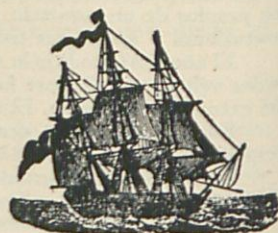
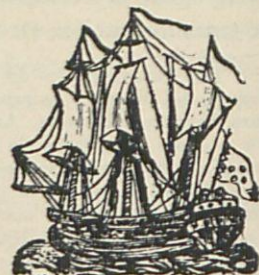
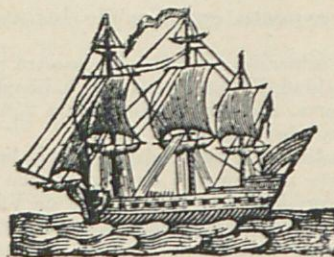
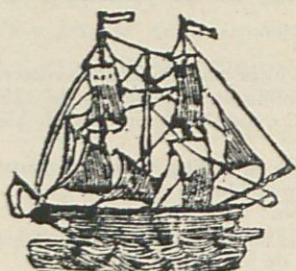
Entre los viajes rápidos realizados por mar fué considerado el de la fragata *Carlota*, que, al mando del capitán Rivero, hizo en 1841 la travesía de la Habana a Santander «en el corto espacio de 35 días», viaje bien distinto del que llevó otra fragata montañesa de los Aguirres, que invirtió 87 días en ir desde Santander a Veracruz, llegando la tripulación extenuada y hambrienta.

(2) No hemos visto, entre los ejemplares que poseemos, ningún tema decorativo para resguardos de facturaciones realizadas en el F. C. de Isabel II, empresa que en los folletos y memorias que publicó supo cuidar esmeradamente la parte tipográfica, realizándola con el concurso de excelentes artistas.

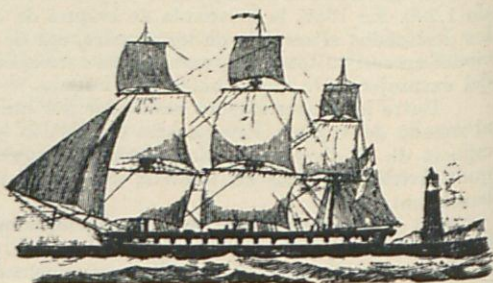
1800-1860



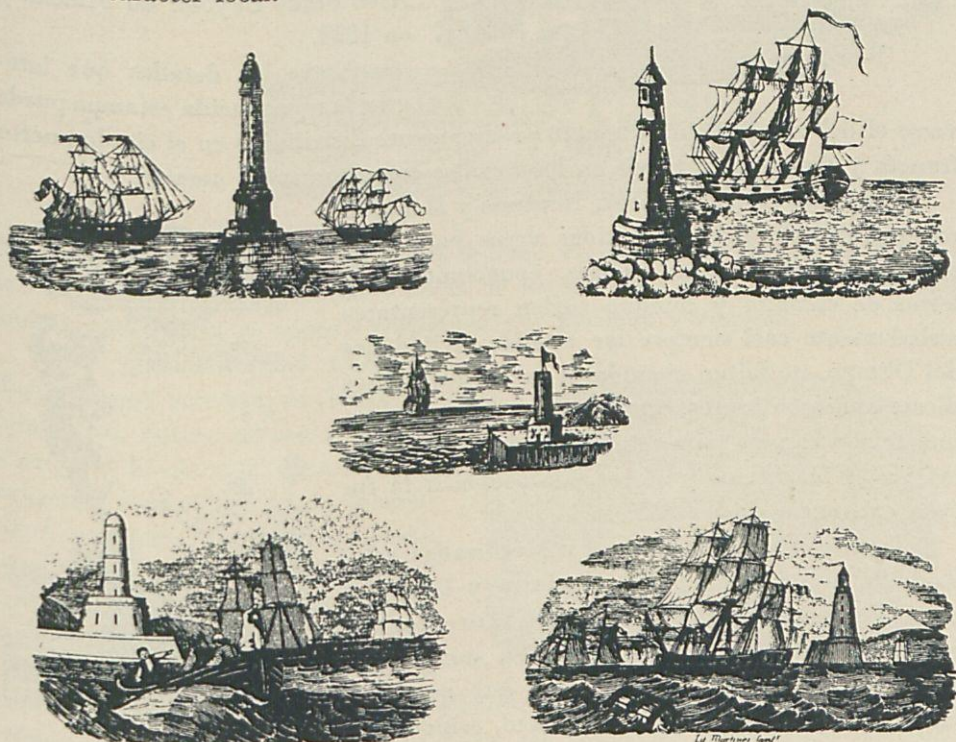
Riesgo, Santander.



Lis Martinez Sant



Los progresos conseguidos al aumentarse los servicios auxiliares para la navegación fueron aprovechados por dibujantes e impresores, que abandonando el tema único en la composición interpretan diversamente en sus trabajos dichos adelantos, produciéndose un nuevo grupo, en el cual faros (1) y fanales, así como muelles y otras obras y elementos precisos para los puertos hállanse indicados con frecuencia en diversos documentos. Damos a conocer, referentes a faros, ejemplares de trabajos hechos en los años comprendidos entre 1830 y 1850, reproduciendo de este último año una obra de Martínez, desprovista de todo carácter local.

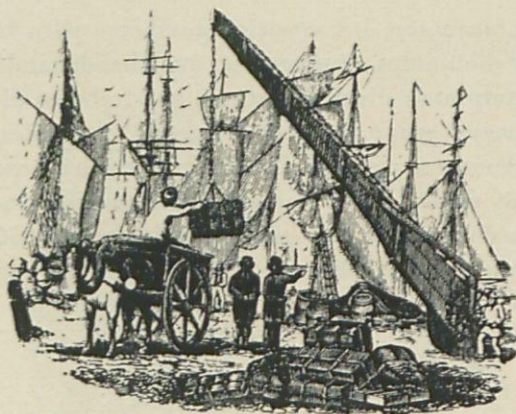


Los MARTINEZ del.

(1) La falta de faros en la costa cantábrica fué casi completa durante mucho tiempo, no habiendo todavía en 1833 más que el de San Sebastián. Éste, dice un autor de la época, «es de muy pequeña utilidad a los buques, ya por su posición al extremo del seno Cantábrico; ya por su imperfecta maquinaria, que no despide la luz más que a una corta distancia, y ya, finalmente, porque sólo se enciende desde el 14 de septiembre al 3 de mayo.»

En Santander, el Real Consulado cuidaba de la atalaya del cerro de San Sebastián, para cuyo mejor servicio encargó al cónsul americano Mr. O'bien, en 1801, un magnífico anteojo; funcionando también en casos de guerra las tres vigías o atalayas establecidas por el Consulado en Liencres, Quintres y Quejo para anunciar la proximidad del enemigo, contra cuyas acometidas armó en 1794 el corsario *San Fernando*, artillado con cañones de La Cavada.

El faro de Cabo Mayor empezó a funcionar en 3 de agosto de 1839, encargándose después la Junta de Comercio de él «con tan cuidado esmero que hasta el día no hubo un solo motivo de queja de parte de los navegantes, a quienes sirve de guía, según leemos en un folleto de 1841, que elogiaba la radiante luz del fanal, visible desde más de doce leguas. En la isla de Mouro quedó instalado el faro en diciembre de 1859.



Interesante, como muestra de actividad intensa en un puerto pletórico por la abundancia de tráfico y por la aglomeración de veleros abarloados, es la viñeta de un conocimiento de embarque relativo al transporte hasta Santander de jarcia embreada en el *Río Asón* desde Bayona de Francia y en 1838.

Entre los detalles que integran la reproducida estampa puede

verse el del viejo cañón, artefacto pródigamente distribuido en el citado puerto francés y destinado a servir en los muelles como punto de amarre.

Las deidades mitológicas, Neptuno y Mercurio con preferencia, sirven repetidas veces para composiciones que adornan pólizas, conocimientos y letras de cambio, y aunque suelen representarse aisladamente casi siempre las citadas divinidades del Olimpo, no faltan ejemplares en los que ambos dioses aparecen juntos, simulando tomar parte en una reñida carrera para establecer un *record* entre los viajes marítimos y aéreos, sin presentir la futura existencia de los hidros.

Todo lo frecuente que es ver utilizadas a las deidades mitológicas por grabadores y litógrafos como elemento decorativo resulta de raro encontrar representaciones de míseros mortales, aunque fueran acaudalados armadores, como éste que, ataviado con peluda chistera, frac azul, ceñido pantalón y media bota, contempla desde el muelle de piedra, y provisto de un

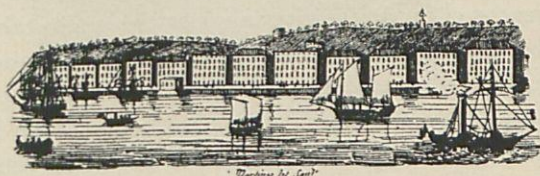
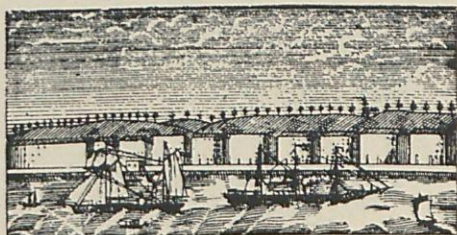
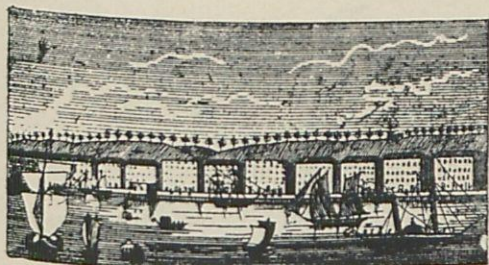


buen catalejo, al navío repleto de barriles de harina que largó la vela «para con la buena ventura seguir viaje» hasta llegar a la Habana.

Hacia 1850 encontramos utilizadas en documentos mercantiles las vistas de ciudades y de puertos—Santander, Bilbao, San Sebastián, etc.—, respondiendo seguramente esta modalidad característica a un intenso amor por parte de comerciantes y armadores respecto de las plazas en las cuales tenían establecidos sus negocios.

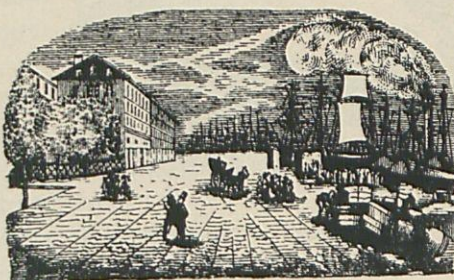
En Santander, la litografía que en la Ribera



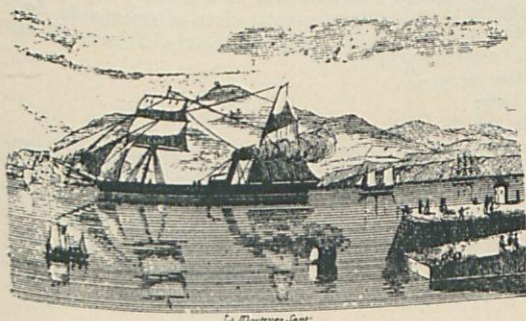


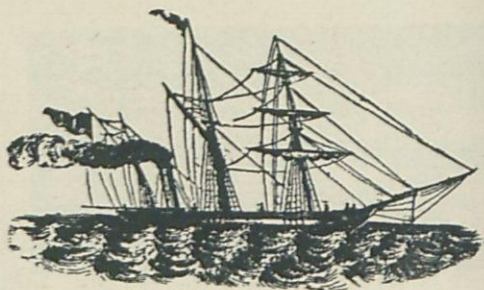
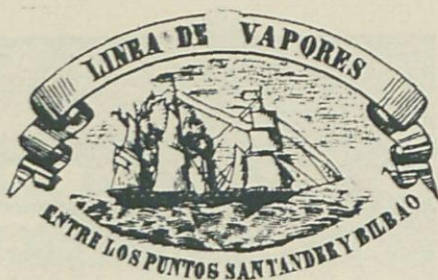
del Muelle tenía Martínez edita, con ligeras variantes, panoramas de la ciudad en los que puede admirarse cerca de los primeros términos una edificación suntuosa para la época, y elogiada por marinos y viajeros.

Obra igualmente del taller de Martínez que acredita de buen artista a su autor, no sólo por el acierto de la elección de asunto al escoger el maravilloso fondo de montañas que cierra nuestra bahía sino también por la belleza de técnica y valoración de tonos, es la siguiente, hecha en 1854:



Utilizado el vapor para la navegación, vemos representados los distintos modelos de buques, desde los primitivos provistos de ruedas laterales, sin palos de cruz, hasta los que, utilizando ya la hélice, ofrecen semejanza con los veleros. Vuélvese en la com-





posición artística al tema único persistente del barco, decayendo en la redacción de documentos el fuerte espíritu religioso del cual estaban impregnados (1).

Los arrieros que cargaban en Santander los productos llegados al puerto para ser conducidos a tierra adentro pertenecían no sólo a provincias limítrofes, pues algunos de ellos venían para realizar los transportes desde el lejano reino de Valencia. Estas gentes, bien acreditadas a veces, servían a importadores y comerciantes con escrupulosidad y diligencia, firmando conocimientos que ofrecían garantías de seguridad plena.



Poseemos del año 1827 un ejemplar relacionado con la conducción desde Santander a Madrid, «en doce días, salvo los impedimentos insuperables», de unos sacos de cacao y que está avalorado por el talento de un artista ignoto, posiblemente al servicio de Riesgo. Es una bellísima composición realizada con una técnica deliciosamente ingenua, capaz de causar la más

intensa envidia a cualquier afortunado vanguardista cultivador del grabado.

De 1854 y bien distinta en todo es la estampa hecha en casa de Trío para adornar el resguardo de un envío por carretera. Desprovista de toda adustez

†

- (1) Yo Desparmet, vecino de San Juan de Luz, maestro que soy del Navío, que Dios salve, nombrado *Nueva María* de porte de toneladas, que al presente está surto y anclado en el puerto de Bayona para con la buena ventura según este presente viaje al puerto de *Santander* conozco haber recibido, y tengo cargado dentro de dicho mi Navío, debaxo de cubierta de vos Dn Pedro Bacque e Hijo mayor.

*Quatro mil Seis Cientas tablas de pino
de a Siete pies franceses de largo
(acompañadas del certificado del Sr. Cónsul Español)*

todo euxuto y bien acondicionado, y marcado de la marca de afuera, con las cuales prometo y me obligo, llevandome Dios en buen salvamento, con el dicho mi Navío al dicho puerto, de acudir por vos, y en vuestro nombre, a Dn Francisco de la Vega u a su om. pagándome de flete diez y seis Rvn. por cada ciento de tablas sin mas y sus averías acostumbradas; y para lo cual así tener y guardar, obliga á mi persona y bienes, y al dicho mi Navío, fletes, aparejos y lo mejor parado de él. En fe de lo qual os di tres conocimientos de un tenor, firmados de mi nombre por mí, o por mi escribano, el uno cumplido, los otros no valgan.

Fecho en Bayona y Mayo 7 de 1828.

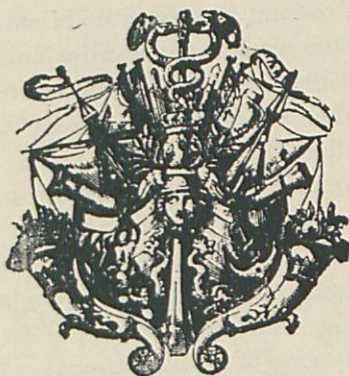
Jh Desparmet

española, tiene la obra una manera completamente exótica apreciable en los menores detalles de la composición, en el paisaje y hasta en la pausada marcha del buen arriero que camina delante del caballo.



Terminamos estas líneas dejando para otra ocasión dar a conocer alegorías artísticas que en circulares y folletos relacionados con nuestra ciudad fueron obra de artistas locales y que pueden servir de complemento a las breves indicaciones hechas anteriormente sobre ejemplares de nuestra modesta colección.

FERNANDO BARREDA



Imprenta de Riesgo.

LOS DIAMANTES DEL BIEN Y DEL MAL

Y LAS MOZAS DEL AGUA

(Recitado por Francisco Noreña, de Valdáliga).

Había haz muchos años, miles y miles de años, unos zorros blancos con manchas verdes en las orejas y encima de los ojos. El rabu tenía la color negra, lo mismu que los dientes y las patas. Toas las mañanas de la primavera y del veranu se encaramaban a los árboles y comían las hojas más tiernas. Después se escondían en las sus cuevas hasta que pasaba la calor del mediu día...

Los zorros blancos no hacían mal a las personas ni a los rebaños, pero robaban el compangu de los ovejeros y se esquilaban a los manzanares pa comer las flores de las quimas. En el inviernu no salían de las sus torcas. Estaban sin comer debajo de la nieve hasta que golvía el mes de mayu. Entonces salían otra vez al monte y andaban por las cuestas comiendo las yerbas y las flores amarillas de los escajales. Cuando corrían detrás de ellos los lobos se quedaban aparaos de repente y miraban a los sus enemigos con mucha rabia ...

Los lobos se golvían como asustaos y los zorros blancos seguían el su caminu tan asosegaos. Diz que tenían en los ojos un mal que metía miedu a los animales dañinos y a los hombres que querían cazalos pa jacer con la su sangre unas medicinas pa curar muchas enfermedades. Cuando los llegaba la hora de morise, al cabu de cientos de años, se iban muy lejos de la cueva y se esquilaban a un árbol de los más altos pa que no los comieran los animales del monte. Allí se pudrían los zorros de los dientes negros. De la su carne podría nacían unos gusanos coloraos que se mataban los unos a los otros y na más que quedaba unu que había podíu con tos ellos.

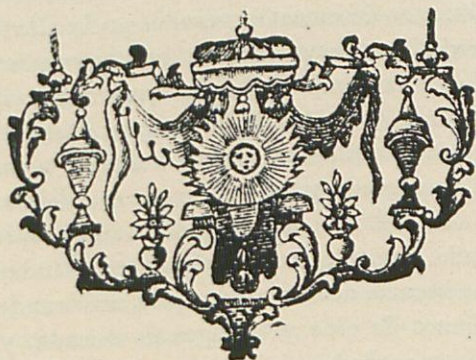
Pocu a pocu iba engordando el gusanu colorau hasta ser de grande como una avefría. Entonces le crecían dos alas negras, con pintas blancas y verdes. También le crecía un picu mu largu tou oscuro como las alas. Al cabu de un añu se escapaba del árbol. Los azores y los milanos lu tenían miedu y le dejaban el cielu libre cuando le veían.

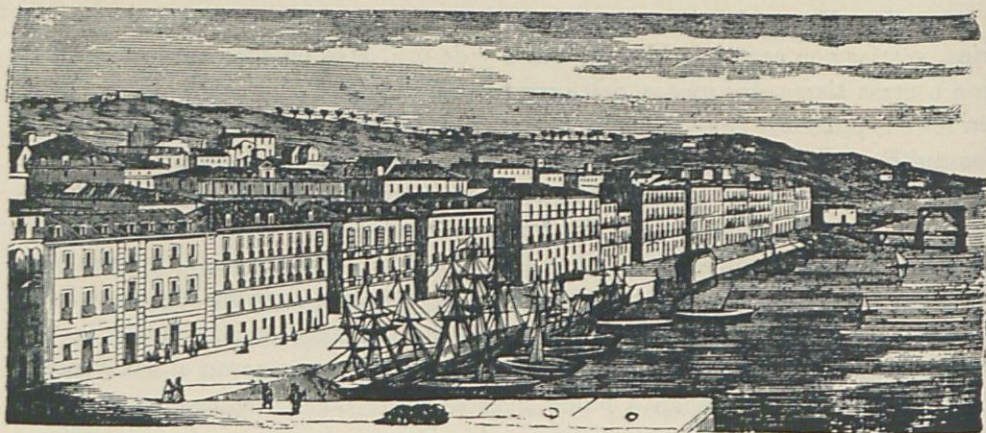
Esti era el pajaru de la alegría pa las personas que le vieran el mismu día que se escapaba del árbol o las noches claras al guarecese en el su nial.

Al cabu de los años se le iban caendo las alas y se moría de pena porque no podía volar. Si alguna persona encontraba al pájaru muertu, lu sacaba las niñas de los ojos, que eran dos diamantes que relumbraban como las estrellas. El unu era el diamante del bien y el otru el diamante del mal, y el que los encontraba podía hacer el daño o el bien, pero siempre con justicia. Si hacía mal a los inocentes y a los que no lo merecían, los diamantes se convertían en dos brasas que le prendían fuegu las ropas y le abrasaban ...

—«Las Mozas del Agua eran muy majas y salían de las fuentes y de los ríos, vestías con capas de hilos de plata y de oru. Haz muchos años que se jue-ron a otras tierras las mozas del agua con las riquezas y los tesoros que tenían en los sus palacios. Eran chicucas y tenían en la frente una estrella del color de las nubes cuando el sol se va... En los deos de la mano derecha gastaban unos anillos blancos y en la muñeca de la mano izquierda una argolla de oru con fran-jas negras apaecía a las gargantillas que usaban las viudas haz muchos años. Es-taban descalzas y tenían las trenzas rubias, lo mesmu que las pestañas y los ojos. Toas las mañanas salían del agua del ríu o de la fuente con muchas madejas de hilos de oru que hilaban por la noche. Como las madejas estaban mojás, las po-nían en los cantos o en las yerbas de las orillas pa que se secaran al sol, y mien-tras se secaban empezaban a bailar agarrás de la mano, riéndose y cantando unos cantares mu suaves y mu alegres. Al pisar en el suelu nacían unas flores amarillas y colorás. Cuando el sol estaba un pocu altu, cogían las madejas y se golvían a los sus palacios debajo del agua. Si alguna persona llegaba en el mo-mentu en que las mozas del agua se golvían a los sus palacios y cogía una de las flores amarillas y colorás, sería dichosa toa la vida y nunca la faltarían dineru y alegrías. Pero diz que nadie pudo coger las rosas, porque se deshacían como la espuma, cuando las mozas entraban en el ríu con las madejas de oru que habían secau al sol. Si algún mozu podía coger un hilu de las madejas, las mozas jalaban de él y le llevaban al su palaciu, onde se casaba con la más guapa de toas. Tos los años, el mesmu día de San Juan, salía el mozu del agua con la su mujer y sembraban por los senderos del monte una gargantilla, un anillu y un coral que na más que podían ver las pastoras honrás y cristianas. Las que encontraban los regalos de la moza del agua y del su hombre tendrían el aquel de curar toas las enfermedades con el agua de las fuentes y de los ríos, y los sus rebaños serían los más tresnaos del monte....

MANUEL LLANO





EL AYER SANTANDERINO

(Continuación)

Entre los chicos más o menos «grandullones» de Santander practicábase por aquellas calendas un raro deporte que acaso fué inventado por la entusiasta y loca inclinación del *Quasimodo* de Víctor Hugo: el de *voltear* las campanas de las iglesias. Siendo yo muy niño, y en compañía de amigos que no lo eran tanto, acudía, a hurto de mis padres (que con razón consideraban muy arriesgado tal ejercicio), a echar a vuelo las de San Francisco, que era mi parroquia, aunque no fuí bautizado en ella, sino en la de Santa Lucía. No podré nunca olvidar los instantes de emoción pasados en la altura de la torre del vetusto convento. No existía entonces la aviación, ni se presumía siquiera, porque de ella no daban idea los famosos «capitanes» que subían en globos esféricos, de gas, partiendo de la plaza de toros (de la antigua, situada en el emplazamiento actual del Sanatorio Madrazo), y que marchaban a merced de los vientos para caer en el más impensado paraje. Por eso era deliciosa la impresión que causaba verse lejos del suelo, en una pequeña rampa—piso del campanario—delante de la espadaña, frente a los tres vanos con sendas campanas, pisando la secular fábrica franciscana, afirmando los pies, acelerando nervios y músculos, dominando alucinaciones de oído y vértigos de mirada, y mezclando bizarramente la fuerza de la mocedad incipiente con la habilidad del hombre futuro, y con la serenidad y el dominio del varón que se siente señor de sí mismo, y

que ve muy debajo de sus plantas el pavimento de la ciudad y con tamaño de hormigas a los transeúntes. ¡Qué pequeño parecía, desde aquel extraño trono, el mismísimo *Señor Alcalde*, que tan solemnemente gigantesco se nos presentaba cuando pasábamos a su lado por la calle, destocándonos el sombrero infantil a la sombra del suyo de copa alta! Porque entonces era de *buena educación* saludar así al alcalde, aunque particularmente no se le tratara ni conociese.

Yo no dudo de que hoy se volteen las campanas de igual manera que entonces, aunque sé de modernos artilugios mecánicos o eléctricos que las mueven vertiginosamente, sin riesgo para quien las maneja y hasta sin necesidad de que éste suba a la torre. Pero, de todas suertes, como ya hace tantos lustros que dejé de ver la maniobra, y como estoy casi seguro de que no he de volver a presenciarla jamás, cuanto más de que no volveré a ejercitarme en ella, quiero apuntar en qué consistía cuando yo la ensayaba en el campanario de San Francisco. En la espadaña de éste—la misma de ahora, y como ahora con tres vanos—había las tres campanas que hoy penden en ella: un esquilón en el vano superior, que se empleaba para «tocar a misa» y que se manejaba desde abajo por medio de un grueso cabo unido a una excéntrica; una campana grande, la mayor de todas y de más grave sonido, que pendía en el arco norte del tramo inferior de la espadaña, campana que ordinariamente tenía el badajo atado a una cuerda que le hacía golpear contra el vaso para «tocar a muerto», también desde la planta de la iglesia, y que, en días de gran volteo, se veía libre de tal atadura para girar a contratiempo de la tercera campana; y esta tercer campana, algo menor que aquélla, enteramente libre, y que volteaba *sola* la mayor parte de las veces.

Llegábamos al campanario cuatro o cinco muchachos y quedábamos en «mangas de camisa», después de lo cual, el más diestro de todos se aproximaba a la campana, asía con entrambas manos la cabeza de ésta o su armadura de madera pintada de bermellón, mientras apoyaba un pie en el borde de la copa, y tirando hacia sí de la armadura con las manos, y empujando con el pie el bronce, lograba un balanceo que se iba acentuando sucesivamente, hasta que el lento y firme impulso engendraba la primera vuelta completa, de perezosa e indecisa trayectoria. Entonces era cuando llegaba la colaboración de todos los *deportistas*. Todos acudían con acompasado y violento esfuerzo a empujar, con entrambas manos, la cabeza y armadura así que ésta se ponía a su alcance, o—cuando llegaba a él—la parte saliente de la campana. En rápida progresión se aceleraba el girar de ésta, y cuando más se aceleraba más afán poníamos nosotros en apresurarle. Hería el badajo al sonoro bronce, cada vez con mayor fuerza y más rápido grito. Parecía lengua humana que vertía su pregón alborozado y que con premuras de convocatoria, con fervores de plegaria, con bizarras complicaciones de castañuela, movía, conmovía, atraía a los fieles, alegraba a todos, rompía la quietud de la atmósfera, vibraba en ondas, más escandalosas,

pero más sentimentales que las hertzianas, y se entraba por nuestros oídos, muy cercanos al ruidoso metal, despertando la vanidad de ser causa motora de todo aquel purísimo e inocentísimo *escándalo*. Nada digamos de cuando la otra campana—la grande—, libre el badajo de la atadura, seguía el ritmo, a impulso de otro puñado de muchachos, de la campana primera. Era una borrachera de cantos de bronce, de gimnasia de músculos, de alardes de agilidad. Era una música menos afinada que la del armonioso «carrillón», pero harto más espontánea y natural. No era, ciertamente, el delicado *Talán tan, talán tan, talán tan!* de las campanas de *El genio alegre*. Maravillosamente relatan los Quintero la escena del repique en el Carmen; pero allí cada cual tiraba de la cuerdecita de una campana; allí volaban palomas y se erguían los labriegos. Y aquí, en la jurisdicción de San Francisco, para cada *campanona* había muchos brazos que, con riesgo de la vida, impulsaban las pesadas máquinas, y las palomas estaban todas en la casa de Botín, y en tal de campesinos, miraban hacia arriba graves señores, severas damas, gentiles damiselas y austeros eclesiásticos peritos de la extraña disciplina del volteo. Era luego difícil terminar éste, porque, de una parte, la deliciosa embriaguez de los *ejecutantes* dilatava el final, y, de otra, había que demostrar singular habilidad para oponer al impulso de la inercia una resistencia igual y contraria a la fuerza inicial, conteniendo lo antes posible el vertiginoso movimiento con los brazos ya fatigados, que detenían la pesadísima mole, tensos los músculos y sudorosos los torsos de los improvisados campaneros. Mayor era el mérito de ellos cuanto más repentino era el final del volteo. Y solían contarse muchas desgracias ocasionadas por el afán de acudir a éste. Tal vez un muchacho se había roto un brazo al parar la campana; tal vez otro había sido alcanzado por ésta, que le había herido. Recuerdo cierta vez en que uno de los que estaban echando las campanas a vuelo para «tocar a mañana» (que era anunciar la víspera de alguna fiesta solemne) fué cogido por una de ellas, lanzado al espacio y estrellado contra las piedras de la calle del Correo. Entonces fué cuando se colocó en el campanario una verja de hierro, ya desaparecida, que si quitaba a la espadaña esbeltez y gracia, en cambio evitaba accidentes semejantes. Ordenó colocarla el virtuoso párroco de San Francisco, D. Ecequiel Quijano, un sacerdote de severa presencia, austero porte, plateadas gafas, voz bronca y pastosa, conciso decir, muy aventajada estatura, grises cabellos y bondadoso corazón, aunque su trato parecía adusto y temeroso por la grave solemnidad de que él se rodeaba, poniendo majestad y decoro en la representación de su ministerio parroquial, al punto de tener para sí especiales ornamentos más ricos que los otros destinados al culto, y de hacer construir un confesonario especial (todavía subsiste junto al altar de San Antonio) de más capacidad, con más adornos y con apariencia más moderna y suntuosa que los otros de la parroquia. Creo que este confesonario fué el primero que en Santander ostentó el nombre del sacerdote que le ocupaba habitualmente. Como fué también la iglesia de San Francisco la primera de esta ciudad

en la que se fijaron cuadritos recomendando la higiene y el respeto al templo. Me parece estarlos viendo. En unos marquitos negros se encuadraban unas cuartillas de papel rayado que rezaban así, escritas de puño y letra de D. Ecequiel: «*Por respeto y reverencia al santo templo, verdadera casa de Dios, se suplica a los fieles que no escupan en el pavimento de la iglesia ni en sus paredes.*» Y firmaba: «*El párroco: Ecequiel Quijano*», con una soberbia letra española y una rúbrica primorosamente rasgueada. Encima del confesonario que digo, en la nave de la capilla del Carmen, formando ángulo, y en lugar del antiestético, anacrónico y disonante altar de San Antonio, que allí colocó más tarde la piedad notoria de un buen caballero de detestable gusto arquitectónico (D. Antonio López Dóriga), altar que roba espacio, agrupa confusamente las imágenes y rompe el estilo todo del templo, apuñalando con estiletes góticos los arcos románicos y contrastando por sus vulgares materiales con los nobles y patinados de otros altares, colgaba una famosa «tribuna» de hierro pintado de blanco, con tupida celosía en el friso. Esa tribuna tenía acceso solamente por los pasillos de la Diputación provincial (que, como luego diremos, ocupaba parte del antiguo convento) y únicamente entraba en ella quien llevase tarjeta de algún señor diputado o del secretario de la Corporación. Era lugar reservado a familias aristocráticas, que desde allí asistían, bien a las primeras comuniones de los «Kostkas», o bien a ciertas funciones muy solemnes, o a sermones de famosos predicadores. Hace muchísimos años que desapareció aquella tribuna.

Es un dolor la desatinada y antiartística renovación de altares y de imágenes en la iglesia de San Francisco. De sus buenos tiempos—tiempos primitivos que duraron varios siglos—sólo quedan hoy persistentes el altar de la Purísima, con sus dos imágenes de San Roque, llenas de carácter, de misticismo y de devoción; el de la Magdalena; el del «Pópulo»; el de la Sagrada Familia—¡qué venerable aquel San Joaquín, y qué atractiva la serena e inocente vejez de Santa Ana!—; el del baptisterio, en parte, y el de la Virgen de los Dolores. El del «Sagrado Corazón» hízose siendo yo mozo, y se respetó entonces la línea dominante en el templo, aunque la imagen careciera de toda inspiración artística y llegase resellada del industrialismo catalán. Los otros, todos fueron lastimosamente cambiados. Digo de ellos, de los nuevos, cuanto apunté del que dedicó a San Antonio D. Antonio Dóriga. Daña a la vista mirar aquellas parodias del gótico, martirizando los sencillos y pobres, pero nobilísimos arcos y líneas románicos, aquellas maderas flamantes, aquellos dorados baratos y aquellas imágenes, también de barata imaginería empalagosa, industrial y rídicula, que desahuciaron a las antiguas de la Virgen del Carmen, de San José y de aquellos deliciosos Santos—¿qué Santos eran?, no lo sé, ni acaso lo supo nadie a punto fijo, pero llegaban al alma—, vestidos con recias armaduras plateadas, masculinizando su santidad con sus revueltas barbas, que ocupaban las pequeñas hornacinas debajo de la de San José. Algo consuela el ánimo ver que permanece San Diego de Alcalá (¿le conocerá alguna de las asiduas beatas?)



Iglesia y convento de San Francisco

que asiste en uno de los fuertes machones de piedra, entre inscripciones de enterramientos ornados con cruces de Órdenes militares. Por lo demás, ¡qué pena, Señor, qué pena mirar estos altares anacrónicos e inarmónicos, estas imágenes vulgarísimas, y hasta los adornos de florucas de trapo, en floreros modernistas, allí donde antes se parecían austeramente desnudos de artificio, y con el apagado color de lo secular, otras imágenes que, calladamente, nos con-

taban de las plegarias, de las ansiosas preces de nuestros tatarabuelos, que se postraban ante ellas!

No existía antes la horrorosa puerta que hoy comunica al altar de San José con la sacristía, de la que se pasaba al interior del templo, o bien por el presbiterio o ya por la puertecilla del altar de la Magdalena. Se abrió esta nueva puerta, y el entrar y salir por ella distrae y divierte el culto de los dos altares de San José y de la Purísima. Tremendos desaciertos los que cambiaron las dos capillas del crucero. En la del lado del Evangelio quita espacio a la nave entera el desdichado altar de San Antonio, con su valla y todo, y en la del lado de la Epístola interrumpe la contemplación el ajeteo constante que produce la puerta de la sacristía (la cual tiene también *otras dos* puertas, además de ésta) y que no hacía, en realidad, ninguna falta. Por muy útil que ella sea para el servicio, siempre estará de sobra en aquel lugar. Que en los escenarios de la vida material—hoteles, clubs, cafés...—acaso sea bien atender mucho a la cómoda utilidad; pero en lugares en que se vive la vida del espíritu (y hay quien en todos tiene que vivirla), muy por encima de lo *práctico* está lo *ideal*, y acaso en éstos sea lo más eficaz lo que menos práctico parece, supuesto que allí búsase, ante todo, el ahinco de la atención, la devota lejanía del tránsito de gentes, de ruidos y de movimientos. Cuando la dulce Madre Teresa recomendaba la comodidad en la oración lo hacía, sin duda, porque la comodidad vale—como la alegría que tan puramente predicaba la Santa—aislamiento de cuidados materiales y concentración, mejor cuanto más extática, de las potencias.

Hermosa pieza es la sacristía de San Francisco, cuadrada y espaciosa estancia, de alta techumbre y armoniosas proporciones, que tiene en el centro una vetusta mesa de piedra. Antes la coronaba una eurítmica bóveda concordante con los arcos del templo y, sin duda, con la arquitectura del primitivo convento. Una exagerada previsión hizo temer que la bóveda se desplomase, y procedióse a afianzarla con tirantes de hierro, y a cortarla con un plano se-

cante que mató lastimosamente la solemnidad de la magnífica techumbre. A los golpes del pico resistíase tenazmente la fábrica venerable, como si en mudo lenguaje quisiera pregonar lo infundado de los extracautos miedos, y protestar de su deformación. Hoy, aquello no es bóveda, ni es techo plano, sino una mezcla absurda que destruye la belleza arquitectónica, sin la serena majestad del artesonado y sin la gracia histórica del medio punto. El intradós, lamentablemente seccionado por el plano secante, parece andar pidiendo, o bien témpanos que disimulen los prosaicos tirantes de hierro, o ya paredes que engendren, técnicamente, una bóveda *vaída*. No hay nada de eso, sino sólo un vulgarísimo remedio de arbitrista de construcción, que destruyó la armonía, pobre, sí, pero estéticamente arqueológica, de los arranques, riñones, dovelas, almohadones y salmeres, que existían, más o menos encubiertos, en la bóveda primitiva.

Pues, ¿qué diremos de aquella soberbia cajonería de castaño, viejo y reluciente, que corría a lo largo de los muros de la hermosa estancia, convirtiéndose ya en armarios bajos, ya en friso, o ya en motivo de decoración? Resto de ella quedan en el portalillo que da a la calle de Isabel II, en el que se improvisó con tales despojos un friso harto interesante, que Dios quiera que persista allí mucho tiempo como recordatorio sentimental. Allí se ven los lustrosos cuarterones—cuadrados y esquifados en severa alternativa—tallados en alto relieve, y que parecen cuadros del Ayer. En el muro este de la gran sacristía había recios cajones, en que se custodiaban los ornamentos sagrados. Sobre la tapa o cubierta de la cajonería extendíase éstos muy ordenadamente (*decenter munda, ac pulchra*) todas las mañanas. En el testero presidía la imagen de la Santa Cruz, ante la que hacían la reverencia de ritual los celebrantes. En el muro del norte estaba—como hoy—la puerta que conducía al altar mayor, y a su derecha colgaba el cuadro de las Ánimas (ahora puesto en éste sobre la hornacina que ocupó, en el retablo, la imagen de San Miguel), pintado por D. Manuel González, aquel maestro de dibujo que, si mal no recuerdo, vivió muchos años en la plaza de la Esperanza. Al otro lado de la puerta que digo había una rinconada en que se disponían las vinajeras y charlaban los monaguillos. En la pared del sur estaba el aguamanil. Y aquel severo cinturón de relucientes cuarterones de talla fina, con ataires clásicos y sabor de evocaciones, decoraba la maravillosa sacristía («maravillosa»—lo concedo—como tuerto en tierra de ciegos) y armonizaba, para el alma, con la vetusta cúpula, viviendo infundido en el conjunto un espíritu mago, cantor de leyendas, archivo de tradiciones, y hoy herido de muerte por el inflexible paso de los siglos... Pero ya haré patente la disculpa (puesto que larga vida trae comprensiva tolerancia) de tales mudanzas. Quiero antes bucear en el recuerdo del aspecto material de aquella iglesia venerable y de sus fábricas aledañas.

Porque la iglesia, en sí, era sólo parte de una grandiosa edificación: del convento de Franciscanos. Todavía conocí yo, al norte del templo, el cuartel

de San Felipe, en el que se alojaba el regimiento que guarnecía a Santander, antes de terminarse el actual de María Cristina, y vi salir formada la fuerza casi a diario, por la calle de Isabel II, y destacarse *la guardia de la cárcel*, y pasar ante mis ojos niños al soldado que conducía el parte—un cuadrado sobre, pegado con oblea—en la bayoneta del fusil, en aquellos mismos lugares. El cuartel estaba, según digo, en un cuerpo de fábrica, al norte de la iglesia que era vértice del ángulo de un conjunto, cuyo lado del oeste estaba, en *mis tiempos*, formado por una crujía de escasa altura (planta entresuelo y piso) de moderna construcción. Su fachada daba a «Becedo», y en la planta baja se hallaba instalada la oficina de Correos, con el buzón abierto en un sillar de la esquina, y después de ella la librería de Manuel María Ramón, el café del Occidente y el portal que daba al claustro y a la escalera. El claustro no era sino lo que quedaba del cementerio del convento antiguo. Por su nave medianera con la iglesia se llegaba a la puerta del presbiterio de ésta. Por la nave del mediodía se encontraba, primero, el famoso y simpatiquísimo «taller» del carpintero Donato Pedrosa, que tenía allí su banco de carpintería y que, en fuerza de años, de simpatía, de honradez y de cordialidad respetuosa, tenía «vara alta» con los señores de la Diputación. A ésta subíase por la escalera contigua al banco de Donato, dejando en el entresuelo las oficinas del Gobierno militar y el restaurante del café del Occidente. La Diputación era una serie de oficinas muy parecidas a las que actualmente tiene el Estado en Santander. Eran conocidísimos algunos funcionarios de ella: el ordenanza Serapio, su hermano Gaspar *el gordo*, de negra perilla, D. Daniel y el inolvidable caballero—luego rico propietario y rentista—D. Javier de la Revilla, modelo de hombres rectos y buenos, que por entonces desempeñaba en la Diputación el cargo de oficial de Secretaría. En ésta trabajaba también Antonio Gutiérrez Cueto, figura notable de la intelectualidad de entonces. Era hermano de D. Enrique, el director de *El Atlántico*, y de Domingo (*Mingo Revulgo*), el intencionado escritor. Tenía Antonio Cueto extraña habilidad para todo. Sabía taquigrafía, que entonces en Santander era cosa desusada. Escribía muy bien. Tenía una finura de intención, entre traviesa y apasionada, que escondía discretamente. Depositario, si mal no recuerdo, de fondos provinciales, D. Antonio María Coll y Puig, que era también propietario y director de *La Voz Montañesa*, sucedía que Antonio Cueto se divertía mucho en tener con él charlas y en sonsacarle en ellas muy diestramente. Luego, a hurtadillas, hacía comentarios sabrosísimos, con cierta puntería, en escritos que publicaba (él sabía por qué graciosos medios), no en el periódico de su hermano, que era *El Atlántico*, sino... en *La Verdad*, periódico tradicionalista—entonces era carlista—, descubriendo propósitos, descabalandando planes, y matando con el ridículo algunas campañas de *La Voz Montañesa*, sin que nadie acertase a descubrir quién era el autor de aquellos latigazos, ni a entreverlo siquiera. Ni aun los diputados de aquellos tiempos, que eran gentes de la buena sociedad de Santander, como, por ejemplo, los se-

ñores marqués de Casa-Pombo (el «Don Arturo» de universal simpatía), Riva-Herrán, Camporredondo, Cuevas (D. Laureano) y otros muchos.

Tenía la Diputación un corredor que comunicaba con la tribuna de que antes hablé, en la capilla del Carmen (hoy es «de la Milagrosa», bendito sea Dios), de la iglesia de San Francisco. Y los señores de la Diputación eran «los amos» de aquella tribuna. El ordenanza Serapio y los porterillos Hipólito y Celedonio (procedentes de la Casa de Caridad) se encargaban de que nadie entrase sin la correspondiente autorización.

Ya hablé de que en el lado norte del antiguo convento estaba el cuartel, y en el lado suroeste esta crujía de la Diputación, Gobierno militar, café del Occidente, Casa de Correos y librería de Martínez Ramón. Pues bien: vértice de ese ángulo era el venerable, austero, renegrido y vetusto bloque de la iglesia de San Francisco. Su fachada, besada por los siglos, preside aquel barrio majestuosamente. Es pobre, sencilla y lisa. Tiene al frente el escudo franciscano y unas sencillas hornacinas, ya sin las imágenes que antes las ocupaban. Son los mismos de antaño los dos arcos de las grandes puertas del atrio y las sendas verjas de hierro forjado. En la puerta del mediodía arrancaban antes, muy cerca del umbral, unas escaleras de losa, muy tendidas, a cuyos extremos se agrupaban «los pobres», turba de mendigos que clamaban, pedían, guardaban sillas, daban noticias de misas y cultos, confesores y predicadores, *honrillas* y funciones de la Orden Tercera, oficios, etc., etc., a sus habituales limosneros. Aquellas amplias gradas de losa repulida y esmerilada por tantas pisadas cambiolas, en mi niñez, el párroco D. Ecequiel Quijano, por las actuales escaleras de piedra, que no tienen la antigua huella espaciosa, ni la corta y casi invisible contrahuella, sino que semejan las modernas escalinatas. Y el ingreso al templo, que hoy se hace por dos puertas de madera, tenía lugar antaño por una sola, muy amplia, vestida con mampara de paño o franela verde.

Quiero ahora hacer una salvedad. Me duelen en el alma—en el corazón, mejor dicho—todas las innovaciones de aquella iglesia venerable. Pero confieso que si al compás de los tiempos hubiese andado el dinero de la parroquia, quizá se hubieran hecho con mayor refinamiento. Cuando D. Isaac Terradillos llevó la cuerda de la campana a la capilla de San José, cuando se abrió en ésta la puerta de la sacristía, cuando se modificaron no pocas cosas de aquel templo, se aprovechó hasta el último céntimo disponible. Cuando se cambiaron los altares de estilo Renacimiento por estos *góticos*, de gusto depravado, se pensó en la nueva iglesia...

¡En la nueva iglesia! Porque es el caso que al darse comienzo a la construcción de la Casa Ayuntamiento se incluía en su planta la actual de esta iglesia, que se pretendía derribar (¡!!). La previsora discreción del Obispo Sánchez de Castro puso la condición de que antes de empezar el derribo estuviera enteramente concluída y abierta al culto la nueva parroquia. Aceptó el Municipio la condición; cedió terrenos en *Becedo* (en la calle de Burgos, mejor

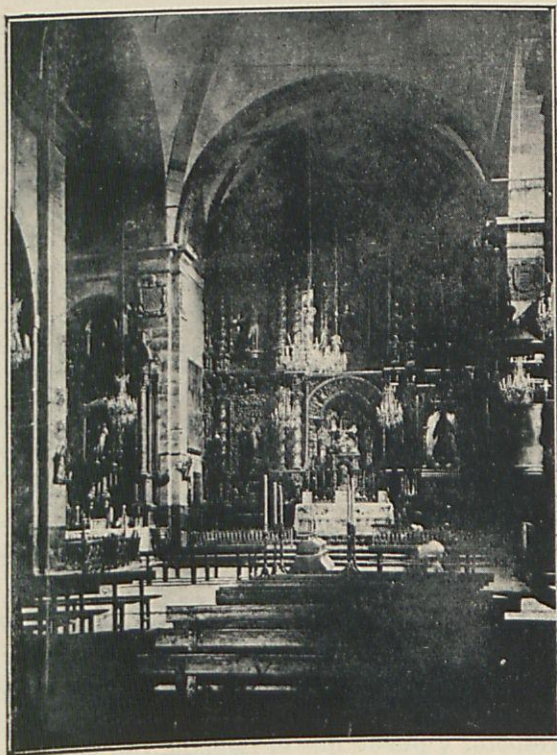
dicho) y hasta colocó S. M. el Rey la primera piedra. La segunda no se ha puesto todavía, ni quiera Dios que se ponga mientras yo viva.

Pues pensando en el nuevo templo, y en que éste sería de estilo ojival, se cambiaron los antiguos altares que pedían restauración, por estos otros altares seudogóticos que, desentonando tanto en la iglesia vieja, tampoco podrían hacer mediano papel en la proyectada. Realmente, ni se quería gastar inútilmente el dinero... ni había mucho dinero que gastar. Con el de la piadosísima señora—modelo de damas católicas—D.^a Rogelia Urigüen, viuda del inolvidable caballero artista D. Agabio Escalante, se rehizo el camarín de la Virgen de los Ángeles. La falta de recursos económicos originó, desde luego, muchos de estos cambios que lamentamos.

Y por esa misma carencia de medios no pudo el Municipio santanderino construir la nueva iglesia, y ahí está perenne la del vetusto convento de Mínimos, fuerte frente al paso de las centurias, austera y venerable, mirando con un poco de amargura los cambios y variaciones de sus aledaños. A su fachada del poniente, en tal de la Diputación provincial, tiene adjunta la Casa Ayuntamiento. Pero la del saliente ya no ve, pasada la calle de Isabel II, el desconchado muro, bajo la aguda vertiente del tejado, de aquel caserón en que la librería de Luciano Gutiérrez esperaba la diaria visita del maestro Pereda, sino un modernísimo edificio y los escaparates de «El Águila». Ni en el portal que servía de entrada a la Diputación provincial y a la «Tribuna», de San Francisco, en aquel portal que era entonces gentilísimo nexo de centurias pasadas con incipientes renovaciones, tampoco está ya el estanco «de Polidura» en que se surtían la mayoría de los señores graves (era anterior al de Encarnación en la calle de San Francisco, con su tertulia y todo) y gran copia de muchachos alegres y animados, atraídos por la gracia rubia y la conversación ágil de Paz, la muchachita airosa y llena de honesta desenvoltura, que a todos agradaba, para todos tenía un donaire y de todos recibía un piropo decoroso. Ya está en Dios, después de haber sido ejemplar esposa, modelo de madres, espejo de mujeres trabajadoras y económicas y de corazones buenos. Ya está en Dios. Quede aquí su recuerdo, el recuerdo de aquella mocedad de oro, de trigo, de azul, que nos congregaba en el estanco a los muchachos de aquella época (¿te has olvidado, Gonzalo?) Y en medio del flirteo—que entonces no se llamaba así, ni por asomos—entraba, con paso mesurado, D. Antonio María Coll y Puig, o D. Ramón Riva Herrán, o D. Laureano Cuevas, o D. Javier Revilla, y era entonces cuando salían las cajetillas baratas, de color corinto, o los librillos de papel de fumar de «La Luisiania», o las cajas de cerillas «de gomas», para disculpar la morosa detención. Claro que si el que entraba era D. Arturo Pombo tenía siempre a flor de labio una oportuna ocurrencia, y hasta formaba breve tiempo entre los compradores. Los ordenanzas de la Diputación, Hipólito Santa María—que acertó a hacer sus ahorritos—y Celedonio San Emeterio—que murió joven—no osaban interrumpir las pláticas. Y éstas duraban la mayor parte de la ma-

ñana, hasta que el maestro Pereda pasaba por allí con D. Aurelio Revilla, después de haber tocado en la librería de Luciano Gutiérrez, en cuyo exiguo escaparate se ostentaban los primeros tomos de las obras del Mistral montañés. Porque la tienda de Luciano era, en realidad, la primer *Librería* seria de Santander, ya que en la de Manuel María Ramón y en la de Ramón Martínez, antes que libros se vendían periódicos, sobre todo los ilustrados, con caricaturas exageradas de Cánovas, de Sagasta, de Castelar, de Martos... y ya que en otras, como la de Eusebio Revilla, en la calle del Correo, se compraban, no libros de literatura, sino objetos de papelería, lápices, sobre todo (que los había excelentes) cuadernos, plumillas de acero, *planas* y aleluyas con la «Historia del hombre flaco» o las «Aventuras de Don Crispín», pliegos de «personajes de teatro», decoraciones de juguete (casa, cárcel, calle, sala, bosque, etc.), y otra portación de cosas. A su lado estaba la confitería de García (de D. Manuel, el hermano del virtuoso sacerdote D. Salvador), que competía con la de Ventura, al principio de la calle de San Francisco y que en caramelos *la ganaba*, aunque la Ventura tenía un singular agrado, y un perro cuzco que atendía por «Comoquiera» y que era famoso entre los niños de Santander.

Al este de la iglesia de San Francisco, y en su confluencia con el cuartel ex convento, en donde hoy existen esos *apuntes de parodias* de jardines con que nuestro Municipio (que planta una palmeruca, o un macizo de geranios, en las esquinas que piden a gritos amplia limpieza y limpia amplitud) está jugando a los parques, allí donde los jueves se reúnen las incipientes *catequizadas*, allí teníamos los domingos punto de cita los congregantes de San Estanislao de Kostka. El Padre Manuel Lasaleta, que dirigía la Congregación, acudía a las nueve en punto, y se situaba en medio de la plazuela. Luego iban agregándose a él los pequeños «Kostkas» (Gabriel Huidobro, José María Huidobro Revilla, Paco Quedo, los Roviras, Paco Haro, los hermanos Soriano...) y el



Interior de la iglesia de San Francisco

Domingo de Ramos estos Sorianos llevaban gran cantidad de hojas de palma murciana, con las que tejíamos primorosas cruces y estrellas, las unas rematadas en anillos, y las otras destinadas a aplastarse entre las páginas de *El Niño Amante de la Virgen...*

Porque ya dije que los Jesuitas no tenían iglesia propia y en cada parroquia dirigían una Congregación. Los *Kostkas* pasaban a los Luises, en Consolación, dirigidos por el Padre García Frutos (en dos épocas), por el Padre Azcoitia y por el Padre Remón. Las Hijas de María reuníanse en la Compañía, aunque también en Consolación celebraban las Flores de Mayo (¡a las cinco de la mañana!)...

¿Verdad, lector de hoy, que ya es *demasiada iglesia* todo esto? Pues aguarda un poco. Más que tú estoy yo deseando pasar a otros capítulos y llegar al de la vida de sociedad. Pero, supuesto que me impuse el deber de puntualizarlo todo, no para recreo tuyo, ni mío, sino para que quede impreso de molde «*ad perpetuam rei memoriam*», no tenemos otro remedio, tú ni yo, que examinar las otras cuatro iglesias parroquiales, aunque sea someramente. Quiera Dios que «la vara no se rompa», y todo se andará. Pero «la sombra de los templos» era en Santander, y debe ser en todos los pueblos, algo de suma importancia. Los de Santander han cambiado no poco. De ellos, y de sus cambios en medio siglo, hemos de ocuparnos para que no llegue a creerse que no fué lo que fué. Un poco de paciencia, y un mucho de constancia. Después de todo, con no leerlo, hoy por hoy, ya queda remediado. Sólo que acaso tus nietos tengan pujos de investigadores y ¡a ver qué pasa si no les sacrificamos unas paginucas!

Así que vamos a recorrer «*las estaciones*» (sólo cuatro nos faltan) para llegar luego a las escuelas de primeras letras, al Instituto, a las reuniones de sociedad, a los recreos y diversiones que ahora llamamos «deportes», y a la evocación de figuras *santanderinas*.

Si te aburres, yo te aseguro que la culpa es sólo mía... y de tu tardanza en venir a este mundo. A fe que entre mis contemporáneos no caerá pesada la evocación. Quién sabe si, más tarde, dándome Dios salud y humor, no *nos tomaremos* la revancha, abrumándoles de esnobismos gallardos y enterrándoles entre *rimmell* y humo de sándalo. Por de pronto, andad vosotros fijando en vuestra memoria estas cosas de ahora, para que, llegados a mi edad, podáis alguno escribir del HOY SANTANDERINO, que será ya «AYER».

Es la vida una dulce cadena. Tenemos por cursi y anticuado aquello que vivieron nuestros padres y nuestros abuelos. Nos merece alguna reverencia la vida de nuestros bisabuelos. De ahí para arriba, ya todo es historia interesante. Nos reímos de los rigodones, de las polcas y de los lanceros. El minué ya nos resulta pintoresco y artístico. Mañana, el *chymi*, el *fox* y el tango argentino nos causarán risa estrepitosa; veremos los valeses (el eterno danzar estético) con respeto, y puede que el rigodón, tan *guasista* actualmente, sea entonces lo que es ahora el minué.

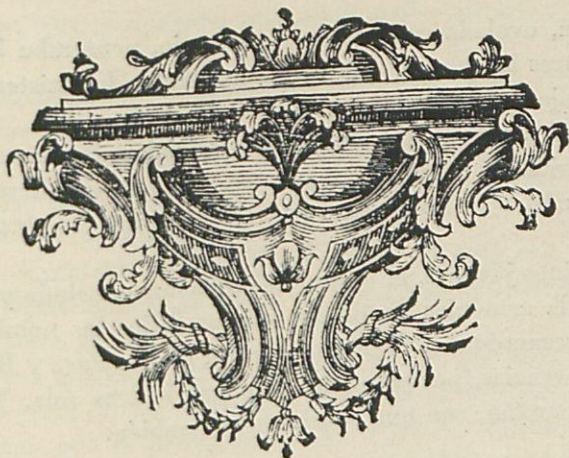
Dejemos enlazarse los eslabones de esta cadena. Y que no falte nunca en ella el enlace espiritual, la más recia y durable soldadura; esa misma de que hoy me amparo para escribir estos capítulos, bien sabe Dios que mientras el alma sangra, y la memoria se me remoja, y se conmueve todo mi ser.

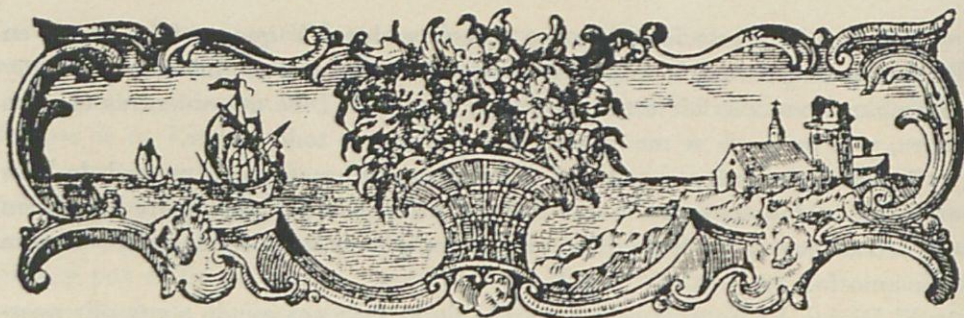
Vivir muchos años, con salud y fortaleza, no es sólo una merced de Dios para el individuo; es como la linotipia de la historia, humildemente basada en unas letras que después se fundirán—cumplida su misión material—en una masa amorfa.

El Divino Regente de esta imprenta de la vida nos ayude a cumplir nuestra misión. A todos os ampare, y a mí no olvide.

RAMÓN DE SOLANO

(Se continuará.)





EL BESO PERDIDO

I

Por la ventana, ovalada con matas de geranio, penetraba la luz hasta los ojos de las tres hermanas, que cantaban dentro las misteriosas añoranzas de los pájaros enjaulados desde el nido.

A los ruidos del camino entre zarzales acariciaban las flores rosadas y rojas tres cabezas sonrientes, como engarzadas en una sola cabellera rubia. Y miraban el mundo unos ojos muy negros, otros que eran dos claras esmeraldas y otros garzos.

Los campesinos jóvenes, al pasar, las enviaban su saludo y recibían en respuesta una escala armónica de dulces adioses. Ellos las nombraban callados, al seguir con el recuerdo de la ventana florida: María, Pura y Blanca. Las nombraban sin preferencias, porque eran como una belleza sola. Y ellas los miraban alejarse y sonreían, con una sonrisa sola también.

II

El camino era estrecho, con un espinazo de suavizadas piedras, entre dos anchas y paralelas heridas blancas y verdeantes orillas. Nacía en la próxima carretera, donde nubes de polvo se alzaban como la huella pasajera de lo desconocido. Llegaba hasta la casa del Cuadrante, de la que se veía desde lejos la

torre en que la sombra del enroñecido gnomon marcaba las horas meridianas sobre una losa rayada.

En la casa del Cuadrante pasaba temporadas estivales la señorita Sol, rubia y amable, pero fea, a quien María, Blanca y Pura cosían vestidos claros para el verano. Y los domingos, al salir de misa, si se encontraban, la señorita Sol, rubia y amable, se dejaba saludar por las tres hermanas mientras doblaba su velo y cruzaba con ellas unas palabras:

—A la tarde, ya iréis de romería.

—Veremos...

O bien:

—Hoy hace bueno.

—Si no cambia, sí.

III

Sobre las piedras secas sonaron una tarde lentamente los cascos de un caballo, que se detuvo al pie de la ventana. Y el erguido jinete, nuevo para los ojos de las tres, preguntó a las hermanas:

—¿Es el camino del Cuadrante?

Ellas dijeron: «Sí», y apareció una mano ágil—¿de quién?—que señaló a la torre.

Él dió las gracias, y al arrancar puso sus dedos en los labios sonrientes y los lanzó hacia las muchachas.

Le vieron alejarse, haciendo el eco a su sonrisa y saboreando su apostura y su galantería. En tal instante llegó, hasta posarse en los geranios, una mariposa blanca, que revoloteó ante ellas.

—¡El beso!—exclamó alguna. Y todas extendieron sus manos hacia la mariposa, que, esquivándolas, se burló de sus gestos y se metió en el cuarto por sobre sus cabezas rubias.

Dentro empezó una caza jovial, sin otras armas que las manos, que resultaban mariposas grandes. La verdadera mariposa se dió por aludida al movimiento insólito con que la perseguían y huyó por la ventana hacia el alero. María, Blanca y Pura, sofocadas, se quedaron mirándose, y en los ojos de todas brillaba una chispita, luminaria encendida con y para la busca del extraviado beso...

Ya de noche, sintieron las pisadas del caballo y, abrazadas en la ventana, a la luz de la luna, vieron la silueta airosa del jinete. Y cada una de las tres puso sus ojos en una estrella de las más brillantes.

IV

La señorita Sol, rubia y amable, les explicó el suceso en dos palabras:

—Mi novio...

Y ellas, que se habían atrevido las tres a pensar esto, pero no a decirlo, descubriéronse ahora, apenas lejos la señorita Sol, preguntándose cómo le habría gustado a él tan poquita cosa...

V

Un día, al probarse los vestidos la señorita Sol, más preocupada que nunca de que le sentaran graciosamente, se posó en los geranios la mariposa blanca.

Pura dió un tirón de la tela, María soltó el hilván de un vuelo, Blanca dejó caer los alfileres.

—Pero, ¿qué os sucede?—les preguntó la señorita Sol, rubia y amable.

Ellas miráronse, imponiéndose seriedad, y no dijeron nada. La mariposa blanca seguía entre los geranios, y desde ellos vió mudar de vestido a la señorita Sol, que, ya intranquila, no cesaba de mirar hacia la ventana y al cielo azul con los hombros desnudos.

VI

Pasó el caballero casi a diario y sonriente siempre, hasta el otoño, en que casó con la fea señorita Sol. Los ojos verdes, los ojos negros y los ojos garzos, viéronla de rodillas en la iglesia, tocada de blanco. Y al contestar inmóvil al dulce monosílabo que la abría como un sésamo las puertas de una nueva felicidad, las tres hermanas consideraron por vez primera que la señorita Sol tal vez no era para un hombre tan poquita cosa como ellas pensaban.

Más tarde, desde el jardín de su ventana, vieron pasar muy juntos a la fea desposada y al marido gentil. La señorita Sol, rubia y amable, dijo adiós con la mano, y él miró un poco serio a la ventana florida. Y acaso por la, contra costumbre, sería mirada de él, más que por otra causa, cuando los novios se alejaron, ellas quedaron pensativas.

Por la noche miraron silenciosas las estrellas desde el óvalo de geranios, y con los ojos un poco entornados de ensueño se acostaron, perezosas las tres, creyendo ver en su último parpadeo que la mariposa blanca venía a reposar sobre los geranios, formando con sus alas como un velo entre ellas y el mundo.

VII

Y entonces, Pura, la de los ojos de esmeralda, soñó que mientras dormían sus hermanas ella se levantaba, acercándose a los geranios rojos, acariciados por la mariposa. Y toda la ventana era suya y cortaba uno a uno todos los geranios, y de sus manos los tomaba una mano misteriosa y acariciadora que iba colocándolos entre sus cabellos. Cabían todos y quedaba aún su cabellera descubierta. La ventana, sin flores, ofrecía el encanto único de su cabeza florida; pero la mariposa seguía revoloteando entre las hojas de los geranios, y cada vez que se posaba en una la alcanzaban las manos de Pura. Mas al instante, la misteriosa mano arrancaba la hoja, y la mariposa volaba de nuevo. Así fueron quedando también deshojadas las matas de geranio, y entonces fué la mariposa la que pugnó por posarse sobre las manos de ella, sobre sus ojos y sobre sus labios. Y ella, ahora, se resistía —¿por qué?—; pero sujetaba su cuerpo, agigantándose, aquella mano extraña, y la mariposa fué dueña de sus manos y de su rostro, adormeciéndola en un dulce desmayo. Y así el desmayo del ensueño se fundió con su sueño real.

VIII

Blanca, a la vez —la de los ojos garzos—, soñó que de las matas de geranio se creaba la mariposa blanca unas enormes alas rojas y con ellas se acercaba a su lecho, mientras dormían sus dos hermanas. En las alas de flor de geranio brillaban todas las estrellas, y un hálito suave las iba desprendiendo de las alas rojas sobre sus ojos, cegándola lentamente. Luego, ciega de luz, las alas rojas eran fuego que la envolvía y la transportaba a una región inefable donde se levantaban sus párpados para sentir la seria mirada con que el novio les dirigió aquel adiós de despedida. Pero, ante Blanca, la mirada tornábase clara y alegre: sonreía él como siempre y llevaba sin cesar a sus labios los extremos de sus dedos, de los que, al separarse, salía volando una gran mariposa blanca y otra cada vez, que aprisionaban a Blanca entre sus alas, rojas ya al envolverla. Y así, tan suavemente presa, Blanca se adormecía entre las alas de las mariposas.

IX

Y María, la de los ojos negros, recordó en sus ensueños, al ver la mariposa en los geranios, aquel día atroz en que, al probarse los vestidos la señorita

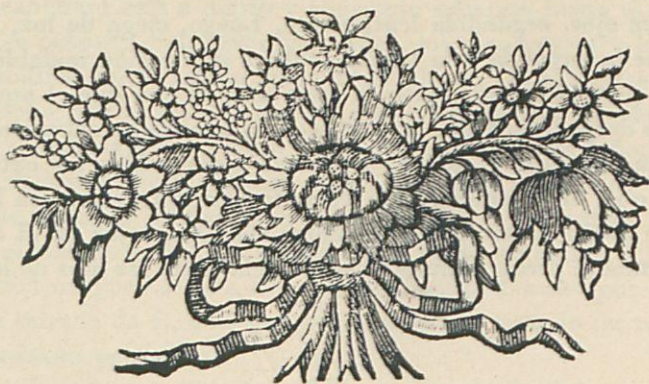
Sol, vino la mariposa a descansar en la ventana. La señorita Sol entonces miraba al cielo azul con los hombros desnudos. Ella ahora, ante la mariposa, tenía también desnudos sus brazos y sus hombros, y la mariposa estaba quieta sobre los geranios y el cielo azul, lleno de estrellas vivas. María no desconfiaba como la señorita Sol, por más que, aun de lejos, veía dos estrellas en los ojos de la mariposa, y, lentamente, fué quedando desnuda ante la ventana de los geranios. Resplandecía en su cuerpo blanquísimo el esplendor de la noche clara, y, en una inmovilidad que tenía el estatismo de algo eterno, María vió desprenderse lágrimas de fuego del parpadeo de las estrellas, que reaparecían brillantes en las brillantes estrellas reflejadas en sus ojos negros. Y así, inmóvil ante la mariposa quieta y contemplativa, fué oscureciéndose el encanto de su sueño inútil.

X

Desde el siguiente día, nunca se asoman juntas las tres hermanas a la ventana de los geranios. Un egoísmo nuevo las repele, y para cada una hablan las cosas con distinto lenguaje. Sólo coinciden los ojos negros, los ojos verdes y los ojos garzos, cuando revolotea sobre los geranios alguna mariposa blanca.

Y entonces siente Pura un miedo delicioso, Blanca un fuego divino y María una dulce tristeza...

FRANCISCO CUBRÍA SÁINZ



SANTANDER EN LA HISTORIA DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA

UN EPISODIO

«Guarda la lealtad estos umbrales,
que es ley de montañeses ser leales.»

En los viejos papeles que los Archivos conservan de pretéritos días, y donde viven como en cámara fotográfica perfiles y siluetas de hombres de antaño, entre los ecos perceptibles todavía de los diálogos y fablas que a la sazón tuvieron, encuentra a las veces el curioso investigador que los escudriña y lee una bella página de la historia de un lugar, un grato recuerdo de una edad fenecida o el episodio lleno de emoción y colorido de época que ha de rimar un canto del poema en que se ensalcen y pongan de relieve las virtudes de un pueblo.

Muchos capítulos de la historia de esta provincia viven —aunque con vida oculta y escondida— entre los montones de legajos de los Archivos, y no han tenido todavía la fortuna de salir a clara y beneficiosa luz en las hojas de los libros que constituyen la bibliografía histórica de la Montaña; cuando más, únicamente se les ha dado cabida en alguna colección general destinada a reunir y aportar materiales que ha de tener en cuenta el historiador, pero que no están al alcance de todos, o cuya consulta siempre es fatigosa, por el enorme acopio que de ellos se hace en tales colecciones.

Esto acontece con varios documentos del *Archivo general de Simancas* que nos hablan de la parte que tomó Santander en la guerra de las Comunidades de Castilla, movimientos de suma importancia en la vida española del siglo XVI.

D. Manuel Danvila, en la *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla* (publicada en los tomos 35 al 38 del *Memorial histórico español*), obra de valor extraordinario, si bien un tanto farragosa, nos ofrece un extracto de esos documentos (tomo 37 de la colección mencionada).

Para completar ese extracto, y con el fin de poner a la mano documentos de tanto interés que reflejan, mejor que todo comentario, el asunto a que se refieren, traemos a las páginas de LA REVISTA DE SANTANDER la copia que de ellos existe en la Biblioteca Municipal, y que perteneció a D. Eduardo de la Pedraja.

El Arzobispo Fonseca escribía al Cardenal de Tortosa, «visorrey y gober-

nador destos Reynos de Castilla», una carta fechada en Burgos a 29 de julio de 1521, que dice así:

«Reverendísimo Señor:

La villa de Santander me ha escripto haciéndome saber cómo algunos particulares que desirvieron a su magestad, por alcanzar perdón de sus delitos, han enviado a un licenciado Sota a suplicar a V. S. Reverendísima y a los Señores gobernadores por perdón general para toda la villa diciendo que lo piden en nombre della, por hacer generales sus culpas particulares; lo cual es gran falsedad, que nunca la villa tal poder ni comisión les dió, antes están muy sentidos de haber tenido aquéllos atrevimientos de hacer tan gran afrenta a su honra, porque la villa no solamente no pide tal perdón, pero piensa que ha servido a S. M. en lo que se ha ofrecido, y espera recibir por ello mercedes. Y si algunos particulares desirvieron a su Magestad suplican a V. S. Reverendísima y a esos Señores los manden castigar, y que ellos están prestos de los entregar para hacer dellos justicia; y sobrello envían a V. S. a Pedro de Penagos para de lo que en esto pasa le haga relación. Yo suplico a V. S. Reverendísima que lo oya y haga merced a aquella villa en lo que cerca desto le suplica, pues es cosa tan justa, porque no es razón que de los delitos de algunos particulares resulte infamia a toda la villa, y que mande mirar por su honra, pues han servido a S. M.; que toda la merced y favor que V. S. en esto les mandare hacer yo la recibiré por tanta merced como si a mí se hiciese. Nuestro Señor su Reverendísima persona y estado prospere. De Burgos XXIX de julio.»

El original de esta carta del Arzobispo de Burgos, Fonseca, se halla en el Archivo de Simancas; Cámara, L. 149—f. 313. En el mismo Archivo, en la sección de Memoriales, L. 143, existe uno de Pedro de Penagos, a quien se refiere la carta anterior, en nombre de Santander, que dice de este modo:

«Pedro de Penagos, vecino de la villa de Santander, en nombre della besa las manos de V. M. y pareesco antellos sobre que es venido a su noticia cómo el licenciado Soto con un poder no verdadero ni dado por el Regimiento della, vino a pedir perdón diciendo que la dicha villa e vecinos della habían sido desleales en no obedecer las provisiones y mandamientos de V. M., lo cual la justicia e Regimiento nunca tal poder dió porque la dicha villa e vecinos han estado y están a servicio de sus altezas y han cumplido y hecho cumplir sus provisiones e mandamientos e si algunos erraron y no obedecieron y V. M. les perdonare sean nombrados cada uno e no en nombre de la dicha villa, mas antes por los servicios que han hecho a S. M. esperan mercedes y suplico a V. Magestad los mande inhabilitar para que no tengan oficios en la dicha villa a los que así hallaren culpados, los cuales están presos la más copia dellos, que podrán ser todos los culpados hasta doce hombres *porque la villa no pierda el renombre de su lealtad*, pues los desacatamientos que allí se hicieron no fueron causa más de los dichos doce hombres que andaban alborotando induciendo a otros que

errasen y esto suplican a V. M. porque haciéndolo así quitará muchos ruidos y V. M. hará justicia.»

Como decreto a este memorial se puso al pie del mismo en Logroño a 6 de agosto de 1521: «Que muestre el perdón.»

Creemos que el licenciado Sota, de quien nos hablaba la carta del Arzobispo de Burgos, es el mismo que en este memorial figura con el nombre de Soto, y del que existe también un memorial que fué presentado en nombre de los marineros, pescadores y mercantes de la villa de Santander, y en el cual se dice que se pusieron en armas y armaron dos fustas para resistir la entrada en la villa del Bachiller Zambrano alterándose la villa por esta causa, dando motivo algunas personas a que se quitasen las varas al Alcalde que tenía puesto Pedro Bonifaz y se pusieron alcaldes ordinarios, estando en esta manera muy pocos días, y luego recibieron por Corregidor al dicho Pedro Bonifaz en toda paz y concordia. Éste procedió entonces contra los vecinos de la villa, diciendo que por haber puesto alcaldes ordinarios y haber armado las dos fustas, habían incurrido en grandes penas. Por eso suplicaban a S. M. que, pues estaban pacíficos y obedientes, les mandase perdonar cualquier pena en que hubiesen caído por causa de lo susodicho, y que mandara al dicho corregidor que no procediera contra ellos.

Con el fin de averiguar la verdad de lo sucedido envióse una cédula, fechada en Vitoria a 21 de noviembre de 1521, al Corregidor de Santander para que se informe de lo que pasó cuando la Junta de la Comunidad de Valladolid envió por Corregidor de Santander, Castrourdiales y Laredo al Bachiller Zambrano, no queriéndole recibir, en lo cual gastaron mucho dinero. Hizo la villa esa información, justificando los grandes gastos que se hicieron en resistir al Alcalde o Bachiller Zambrano, y por las preguntas del interrogatorio, a las que los testigos contestaron afirmativamente, podemos deducir la verdad de lo acontecido y la parte que en la guerra de las Comunidades de Castilla tuvo la siempre leal villa de Santander. Eran éstas las preguntas:

1. Primeramente si saben esta villa y si conocen a los vecinos o a la mayor parte dellos, y si conocen a los Regidores que son este año y a mí el dicho Juan Díaz de Coruña que soy procurador general este año de la dicha villa.

2. Si saben, vieron que en este año en los meses de marzo y abril y mayo como en este corregimiento uno que se decía el Bachiller Zambrano con ciertas provisiones de la que se decía Junta de la Comunidad que estaba en Valladolid para que le recibieran por Corregidor deste corregimiento y estuvo en la merindad de Trasmiera por espacio de tres o cuatro meses, en la cual fué recibido por Corregidor por las Juntas de Cudeyo y de Ribamontán.

3. Si saben que estando así recibido en las dichas juntas pasó a esta villa y presentó las provisiones que traía y requirió a mí y a los Regidores que le recibiésemos por Corregidor.

4. Si saben que los Regidores y yo hicimos juntar todos los vecinos de la

villa y juntamente todos acordamos de no obedecer sus provisiones, ni le recibir, y que así le mandamos ir de la villa y se fué para la dicha merindad de Trasmiera.

5. Si saben que después de lo susodicho, estando el dicho bachiller Zambrano en las dichas juntas de Cudeyo y Ribamontán, nos enteró ciertos escuderos de la junta de Cudeyo, adonde estaba recibido, que recibiésemos sin rigor ni escándalo, y que si otra mañana lo quisiésemos hacer vendría poderosamente con gente de las dichas juntas e de la merindad de Campó e haría que por fuerzas e contra nuestra voluntad le recibiéramos; y enviaba amenazas a los que fuesen en voto de no le recibir, los pondría sus casas y haciendas a saco e las personas que las enviaría presas a la Junta de Valladolid.

6. Si saben que con el dicho bachiller Zambrano se ayuntarían de las dichas juntas mil hombres e aun más, y que estaban determinados de venir a esta villa por mar e por tierra y de la tomar por fuerza.

7. Si saben que, visto esto por la villa y por todos los vecinos de ella, estaban de un acuerdo para la defender del dicho Zambrano, procuró de enviar gente y amigos y valederos y a la causa entraron en esta villa en favor della cuatrocientos hombres poco más o menos y estuvieron en ella ciertos días a costa de la villa y vecinos.

8. Si saben que en ese tiempo la villa comenzó a hacer todos los reparos que pudo así en los muros que estaban caídos y derrocados como de puertas y garitas, en los cuales reparos andaban cada día a trabajar ciertos hombres.

9. Si saben asimismo que compró dos lombardas gruesas que costaron treinta y siete mil maravedís, y de pólvora y otras municiones diez o doce mil maravedís, y las tuvieron armadas en el *cahe* desta villa para resistir la pasada del Bachiller Zambrano y los que con él pasaran en su favor, que decían que habían de pasar por la mar, y tiraron con las dichas lombardas por los temORIZAR; y que en todo este tiempo se rondaba y velaba la villa de día y de noche, y que a la dicha causa se gastaron en ella mucha cantidad de maravedís.

10. Si saben que a causa de esos gastos extraordinarios sacó prestado el Regimiento de la villa sesenta mil maravedís que prestaron Juan Díaz de Oruña y Pedro de Santiago.

11. Si saben que Felipe de Santiago prestó a la villa doscientos ducados, los cuales se le deben, y asimismo debe la villa a los hijos y herederos de Juan de Agüero ciento y veinte mil maravedís por los cuales hasta que los paguen paga la villa veinte ducados cada año.

12. Si saben que las dichas deudas que así debe la villa se gastaron cuando el emperador don Carlos nuestro señor vino a estos reinos porque tenían por muy cierto que había de desembarcar en esta villa, apercibiéndose para su recibimiento; y asimismo cuando el infante don Fernando embarcó en ella, y para se defender del bachiller Zambrano.

13. Si saben que del servicio que se prometió al Emperador nuestro señor,

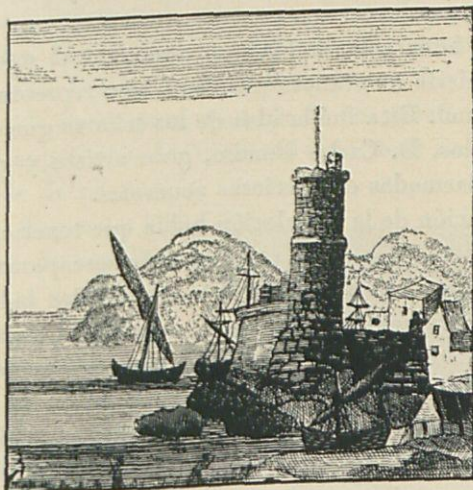
en Valladolid, se repartieron a esta villa treinta y tantos mil maravedís cada año, por tres años de los cuales dichos maravedís se deben setenta y dos mil, poco más o menos.

14. Si saben que esta dicha villa está la más pobre y necesitada villa de toda esta costa, y casi destruída y perdida y despoblada a causa de las pestilencias, muchas y muy continuas, que en ella ha habido de veinte años a esta parte y que hay en ella más de doscientas casas despobladas que no hay quien las more.»

La información a que pertenecen tales preguntas se remitió acompañada de un memorial de Juan de Escobedo, vecino de Santander, en nombre de la villa, suplicando se viera y proveyera como se pedía. Con fecha 4 de enero de 1522 se decretó en Vitoria: «Consulte con la relación; que se platique con Vargas.»

Este mismo año de 1522, el día 16 de julio, desembarcaba en el puerto de Santander Don Carlos I de Castilla, siendo muy aclamado por el pueblo. Aquí permaneció hasta el día 26, y por toda España corrió desde la leal villa de Santander, que en este episodio de las Comunidades tanto interés había puesto en no perder el renombre de su lealtad, la noticia de la llegada del Rey, y hubo en las ciudades y pueblos de España, con tal motivo, grandes demostraciones de alegría en fiestas y regocijos públicos.

TOMÁS MAZA SOLANO.



ACTAS DE AYER

LA INSTALACIÓN DE SANTANDER EN EL CONCURSO NACIONAL DE GANADOS DE 1930

En el Concurso anterior presentó Guipúzcoa una instalación de estilo vasco con marcado acento guipuzcoano. Construyó un «caserío» muy pintoresco, y con pocos ejemplares de ganado en su establo llamó mucho la atención, siendo su pabellón uno de los más visitados.

En el mismo concurso de 1926 Santander presentaba numerosas y soberbias reses, obteniendo muchos premios. A pesar de ello, su pabellón no fué tan visitado como el de Guipúzcoa, pasó más desapercibido; y es que han pasado ya los tiempos aquellos de que «el buen paño en el arca se vende».

Ahora, que cada vez tiene más importancia nuestra Asociación Provincial de Ganaderos, D. José Antonio Quijano, comprendiendo que los tiempos nuevos requieren procedimientos nuevos también, decía a sus asociados que había que «exhibir el ganado de la provincia en un buen escaparate».

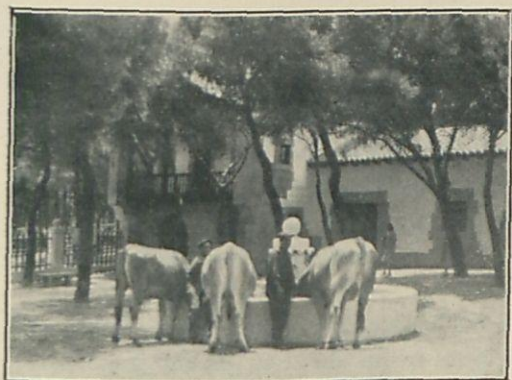
A su entusiasmo se debió que la Asociación General asignara a la Provincial una parcela de terreno inmejorable por su extensión y por su situación dentro del recinto de Concursos.

Una vez con tal buen solar había que organizar el «escaparate» en forma que no sólo la ganadería montañesa estuviera bien representada, sino también la arquitectura regional. Esta fué la idea de los señores que constituyen la Asociación, y uno de ellos, D. Carlos Pombo, gran artista y ganadero montañés, me dió unas ideas plasmadas en preciosas acuarelas.

Para la organización de la instalación había que tener en cuenta dos cosas: la colocación del ganado y la parte exterior o de «escaparate» que decía antes. Para el ganado se dispusieron cobertizos sobre los dos lados del solar, vistos desde el exterior, de menor importancia y dejando el antiguo pabellón, muy ramplón, pero útil. Estos cobertizos, sencillos, procuré únicamente que unieran un poco con la arquitectura de la otra parte por medio de su cubierta de teja curva, aleros, pies derechos, con zapatas de buenas escuadrías y por el color.

La parte exterior o de cerramiento por los lados más visitados del solar tenía que ser muy montañesa y rica, pero de sabor popular, por ser «cosa de campo».

Para conseguirlo me pareció lo mejor emplear tres elementos lo más característicos de nuestra arquitectura regional: la casuca, la portalada y el esquinal.



En fachada principal y en el eje de la instalación dispuse la portalada, de grandes dimensiones, proporcionada al conjunto de la instalación y con la importancia de ser entrada principal de ella. Una portalada inspirada en el *chef d'oeuvre* para mi gusto de las portadas montaÑesas: la de Carrejo. Con detalles muy regionales, como el de interrumpir el arco por las pilastras y su ar-

chivolta acanalada, la interrupción de las pilastras por puntas de diamante, la clave coronada por un capitel de pilastra uniendo con el arquitrabe. El escudo procuré que fuera de gran riqueza, quizás con perjuicio de la pureza heráldica, pues los cuarteles de Santander entre tenantes y bajo yelmo, con muchos lambréguines, mascarón y hábito, rara vez se habrá visto.

La «casuca» en el ángulo de la fachada principal había de componer muy bien con la portalada. Está inspirada en las de sabor popular, tiene su solana entre cortavientos, en la fachada que da al recinto de la instalación. En la fachada lateral, que es la principal de la instalación, balcón de púlpito con escudo sobre fondo de sillería, la cual está tratada con despieces irregulares y dejando partes revocadas en blanco.

La casuca se amuebló en forma lo más apropiada que se pudo: bancos de madera fraileros, mesas bargueñas, etc., y su decoración principal fueron unas estupendas fotografías de paisajes montaÑeses del marqués de Santa María de Villar, que D. Carlos Pombo se encargó de traer.

La casuca había de servir para estancia de los ganaderos y descanso de la gente que visitara la exposición. En la planta baja tiene una oficina en comunicación con el almacén de piensos.

El esquinal va dispuesto en un ángulo sobre una de las vías importantes del recinto de la Casa de Campo, en forma de llamar la atención de los visitantes sobre nuestra instalación.

El cerramiento lo completa un antepecho bajo, sobre el cual va un vallado de madera en forma de puntas de lanza, interrumpido por pilastras rematadas por esferas; y a eje con la entrada



del antiguo pabellón una «portilla» clásica montañesa entre dos cubos de fábrica.

En el eje de la portalada y en el centro de la instalación va una fuente abrevadero decorada con teja y hierros y rematada por esfera.

Una vez fijado el programa montañés, mi labor ha consistido en componer con los distintos elementos regionales, procurando no añadir nada personal y no caer en lo que es frecuente, cuando se trata de hacer arquitectura montañesa, de querer hacer un Museo regional.

Aun así había bastante labor con cuidar los detalles, el color y hacer una molduración montañesa para Madrid, pues la luz de aquí, mucho más fuerte, exige molduraciones más finas.

La Asociación Provincial tiene el proyecto para el próximo Concurso de derribar el pabellón viejo y construir uno nuevo, cuya arquitectura una con lo que se ha hecho este año, con lo cual nuestra instalación será la más rica de todas las regionales y la más importante.

GABRIEL DE LA TORRIENTE



Ha entrado a formar parte de nuestra Redacción, con el cargo de *director adjunto*, D. Tomás Maza Solano.

Asociado desde el primer momento a nuestros trabajos con competencia y asiduidad ejemplares, al comunicar esta noticia desde LA REVISTA DE SANTANDER no hacemos sino dar a nuestros lectores la seguridad de su asistencia desinteresada en nuestra empresa.